



BX
4705
.L847
S64
1942

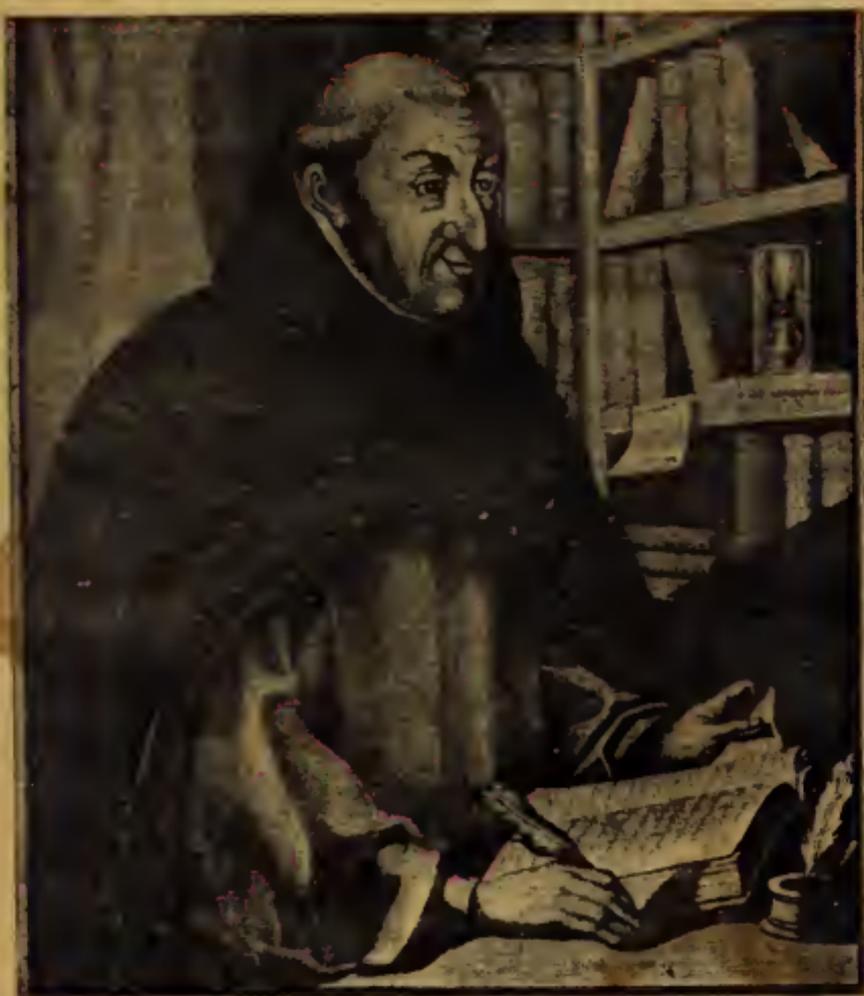


Digitized by the Internet Archive
in 2014

COLECCION LAS GRANDES IDEAS
MATEO SOLANA Y GUTIERREZ

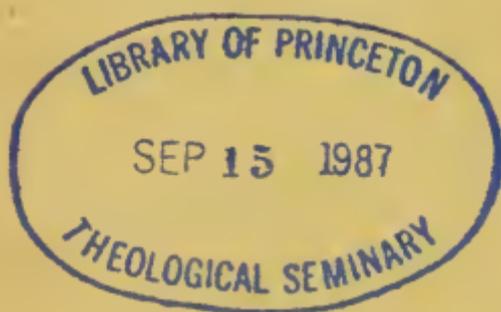
VIDA DE FRAY LUIS DE GRANADA

(O el clasclismo místico español)



Epílogo del Dr. D. LUIS RECASENS SICHES
Catedrático de Derecho y Filosofía en la
Universidad de Madrid y en la de México

EDITORIA DEL CONTINENTE
MEXICO 1942



Bx
4705
.L817
564
1442

FRAY LUIS DE GRANADA

COLECCION 'LAS GRANDES IDEAS'
MATEO SOLANA Y GUTIERREZ

FRAY LUIS DE GRANADA

(O el clasicismo místico español)



EDITORIA DEL CONTINENTE
México — 1942

Es propiedad. — Reservados
los derechos conforme a la
Ley.

A Manuel Hidalgo Riaño.
Con mi afecto.

El hombre tiene de común con
los ángeles, el entender.

SAN GREGORIO.



Introducción

Por tres razones abordo este estudio sobre Luis de Granada: porque proyectará enseñanzas de amor entre los hombres, que hoy respiran odio; porque esta alma transparente me encanta y me consuela; y porque no había ningún libro, de corte moderno, sobre el místico predicador español. Hay, y excelentes, innúmeros tratados sobre el cálido encanto de Santa Teresa de Jesús y hasta sobre el melodioso y altivo Luis de León, como el de Mr. Bell; pero no hay ninguno, que yo conozca, sobre Luis de Granada.

Aspiro a llenar este vacío lamentable, que resiente la historia de la Cultura. A la vieja España, adusta y espiritual, consagro estas páginas de solvencia teológica que anhelan volar hasta la serenidad beatífica de aquel varón de Dios para besar sus cándidas alas de ser celestial que, por venturosas y por inmensas, pueden cubrir toda al superficie de la tierra.

Más que una definición, más que un postulado teórico sobre el éxtasis, sobre el arroba-

miento, definición que ha de darse desde el miraje de las concepciones antiguas, las teológicas, y desde el actual, que es el de la biología estricta; más que eso se impone exponer el inquietante y desconocido fenómeno a través de sus típicas realizaciones humanas, o sea desde un plano empírico. La graduación, pues, de este proceso místico se centra en estas dos vidas: la de Fray Luis y la de la excelsa mujer del Traspasamiento, y no porque el éxtasis, en su riguroso sentido se operase en Fray Luis, sino porque en éste se dió una forma atenuada, idealizada, de esta exaltación mística del espíritu. Fué en Santa Teresa donde alcanzó su angustiosa y deliciosa consumación como revolución psicofísica con todas sus transcendentales consecuencias para la filosofía, para la religión y para el arte.

Por tal motivo, nuestras Meditaciones sobre Teresa de Jesús (libro agotado) trataremos algún día de reeditar completando así el plan ideal de este libro sobre el gran predicador de Granada.

Cuando mi alma está mortecina y humedecida de nostalgia, que deja la frecuente tempestad del dolor, instintivamente asciendo a las regiones de la serenidad que me brinda la historia de los espíritus que vencieron al dolor con la virtud, y a la vida con el desprecio de la muerte, y a la muerte con el amor de Dios.

I

Bajo el amplio y unificador reinado que fundaron los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, nació Fray Luis en la ciudad de Granada, en el año de mil quinientos cuatro. (1). Como un equilibrio en la rudeza de la época —de lucha y reconquista—, advino este espíritu armonioso y sereno para recrearse y crear en los goces puros del alma. Sus comienzos fueron dolorosos y humildes, precarios y hasta agobiantes para una madre intrépida, pacata y resignada; fueron los inicios de Luis en la vida como convenía a un predestinado del Cielo, que en las pruebas de la tierra habría de purificar su heróica esencia de siervo de Dios. Y debió a uno de esos austeros varones de rancia stirpe, castellana, severa y altruísta, al Conde de Tendilla, el que le

(1).— El mismo día en que nace Luis de Granada muere Isabel la Católica. El hecho, muy reiterado y misterioso de estas suplecciones de grandes almas, invita a meditar en la Providencia de Dios que mueve la Historia.

descubriera la precocidad de su ingenio naciente y le empujase con blanca mano, a la revelación de su vocación y sus dotes nobilísimas.

Esta adolescencia luminosa anunciaba ya el matiz de su genio futuro: la elocuencia. Los sermones que escuchaba en su niñez Fray Luis, bajo los góticos templos de España, solía referirlos, en el mimetismo de las intuiciones, a los párvulos oyentes que en torno suyo así trocaban, con los estímulos de la curiosidad, instintiva y sabia, el juego en vida, el juego que es también vida, una forma de ella, vida efímera, en vida que es arte y que es sentido inmortal. En estas anticipaciones milagrosas de la inteligencia en la angelical criatura no dejaba de participar, según los espíritus creyentes, el misterio divino de la Gracia. Este grupo infantil, escuchando al novel predicador, haría tema para un lienzo del Renacimiento en el que brillara la lejana ingenuidad cristiana, el delicioso primitivismo de los pasajes evangelicos.

La reacción dogmática y fundadora —obra de Estado y de nacionalidad conjuntas— de Fernando e Isabel dió orrígen, según los cronistas de Fray Luis, al Convento de Santo Domingo de Granada, erigido en loor de la Cruz, lábaro santo de la Reconquista. Y allí ingresó Luis, trémulo de exquisitas sospechas sobre sus personales merecimientos de tal dicha, y cuyo noviciado fué como la condensación de toda su

fervorosa existencia. El perfecto novicio pudo ser, desde un principio, verdadero maestro de novicios: maestro en letras humanas y en divinas virtudes de modestia y piedad.

Esta ánima diamantina posee la transparencia y la dureza incorruptible de la virtud heróica, de la ascética austeridad. Por eso esta alma ingénua y penetrante, como todas las venturosas de su rango, es un compuesto armónico —aunque para no muchos observadores es desconcertante— de voluntad y de dulzura infinita, de humildad y de entereza. Ligados por el férreo voto de las disciplinas canónicas, de la obediencia inflexible en que se acrisola su humildad, estos frailes portentosos de aquel tiempo, como Fray Luis de Granada —de cuya ciudad nativa adoptó el nombre—, saben obedecer aunque con ello hagan sangrar sus cuerpos y sus almas sumisos, y elevados a la jefatura de su Gobierno Eclesiástico, erguidos desde su Provincialato, asben hacer cumplir su ley, aunque venciendo las resistencias de todas las autoridades de la tierra. Felizmente no se produjeron pugnas durante la actuación de Fray Luis entre ambas dignidades; la religiosa y la civil, encarnada ésta en los monarcas, porque aquella edad robusta y vital unía estos brazos potestativos en la urgencia de la cruzada contra el infiel, al que había vencido; y los reyes, como seres ungidos por Dios, se valían del clero

como del legítimo aliado y guía certero en sus difíciles misiones conversoras. En el suceso —de comprensión inefable— entre la reina Catalina de Portugal y Luis de Granada, que después referiremos, se denota esta alianza de las dos jerarquías; y en el caso personal de la reina, se realza su delicado acato a las conciencias, que le vendría de su tacto genial para rodearse de ilustrados mentores como el santo varón cuya vida reseñamos aquí.

La vieja aristocracia ibérica —que abarcaba la lusitana— era como un tronco nudoso de santos y de héroes; y si el ejemplo devoto venía de arriba, de las regias esferas, de los estrados cortesanos, donde la coraza y las espadas resonaban aún sus guerreros aceros triunfantes, es lógico colegir la inclinación de tantos varones distinguidos por la carrera de la Iglesia. Era una palpitación de los tiempos, era un producto histórico. Las relaciones sociales de Luis fueron las de la alta nobleza española y portuguesa. Su primer protector fué, ya lo hemos dicho, un conde; su última protectora, la más decidida por más compenetrada con él, fué nada menos que una reina.

Ante el torbellino de pasiones mediocres de nuestro mundo actual, que está agonizando por obra de su propia evolución científica, que muere por su técnica, por sus desviaciones, por su exceso que suplanta los valores esenciales de

un destino más fundamental; en esta hora dolorosa y siniestra de negación del Espíritu no hay mejor tributo a él que exaltar aquellas criaturas que fueron singularmente ungidas y santificadas por su estro; en este ciclo ominoso de las barbaries confluentes, de las regresiones devastadoras de los siglos sumidos en el desconocimiento del Espíritu: aquellas vidas de suprema edificación, de hermosa espiritualidad, nos consternan con la vergüenza de nuestra pequeñez y de nuestra inferioridad. Sutiles fenómenos anímicos ascienden al conjuro de esos prodigios, de esas vidas únicas, como la de Fray Luis, y aunque a nuestro rudo epicurismo parezcan inverosímiles o absurdas, no dejaremos de apreciar siquiera cuan excepcionales fueron esas centurias remotas en que pudo operarse un semejante grado de espiritualidad, que es libertad.

Nos pasma, por ejemplo, el temple de esas almas para consumir la humildad. La humildad, en todos sus alcances, en todas sus dimensiones dilacerantes. Luis de Granada —no fué el único, pero en su excelsitud literaria el experimento fué más descarnado, más patético, su sacrificio fué más completo,— Luis quebranta la ostentación de su arte en aras de la severidad apologética. Si toda sutileza del discurso, si toda galanura [de la forma expresiva es mundano goce, pues hay que segarlos en flor,

sacrificándolos a la sequedad escueta de las verdades, a la severidad ardiente de la doctrina. Pues el único fin del predicador era convertir almas, todo lo demás sería fátua retórica, o al menos, peligro espiritual. Podía existir el don incomparable de la elocuencia que a tantos labios ungidos por el cánón fluyó, pero sin que este regalo de la naturaleza pródiga sirviese de sutil envenenamiento por el envanecimiento o mera distracción en el santo. Y Fray Luis, dócil al precepto, se sometió a la terrible regla de la humildad aplicada a sus triunfos de sagrado orador. Y sí aun con este doloroso espurgo sus oraciones tuvieron amplia sonoridad y gracia leve de canto, se debió a la poderosa facilidad verbal que le asistió, y a la fuerza sobrenatural de la mística convicción que le envolvía. Este don de humildad, en Fray Luis, frente a la mutilación de su gloria, no tendría los relieves estruendosos, pecaminosos, de conflicto prolongado y dramático, que en la vida rectificadora del P. Taulero, como nos lo relata el mismo historiador de Fray Luis. Pero es indudable que si acaeció, en lo subconsciente de nuestro fraile español, como se verificó objetivamente y subjetivamente en el tudesco, un silencioso movimiento que atajaría la vanagloria que dá el renombre, el solaz que embriaga en la posesión de un don de inteligencia. Porque nada ama más el hombre de letras que su

estilo, que es su "yo" impersonal y eterno; y simplificarlo es reducirlo al mero instrumento de su seco deber conversor.

Esta penitencia del intelecto es más dura aún que la tortura de los silicios implacables en la carne derruída y macilenta del anacoreta. Es la renunciación heroica a un don del Cielo que cede a la aspiración del otro mayor: ser grato a Dios en la humildad absoluta. Tal vez por esto Fray Luis no llegó a ser un gran poeta, aunque lo fué por la belleza de las imágenes y por la sensibilidad, porque a su interno voto de humildad le estaba vedado el lujo de la forma, la divagación frívola, aunque bella, de los ritmos. Es cierto que por este despego consciente de vanidades, en su alma habitó la Gracia, que es la armonía que no muere. No pretendió jamás Fray Luis ser orador famoso aunque sí predicador eficaz, aunque logró ambos títulos sin quererlo. Como orador halagaría las imaginaciones y los entendimientos; como profeta, —para usar una frase de su tiempo— seducía las almas, los sentimientos. Su vocación fué la de escritor, pero porque sus libros eran la sagrada semilla de la predicación incesante, el fruto perenne que ofrecía a las almas exhortadas a la alabanza de Dios. Lejos, pues, estaba en el ánimo de Luis el atraer, desde el púlpito que él hizo ilustre en España, las admiraciones, el aplauso humano. Predicaba con re-

servas, sin prodigarse jamás. Predicaba por hambre de Dios. Y en esto era su alma insaciablemente sedienta.

Su vocación, y su voluntad de humildad no fué, en Fray Luis, vencida nunca. Su conciencia era invulnerable a las reacciones pecaminosas de lo externo porque lo era, principalmente, ante lo interior, ante esa fatalidad de la tentación del orgullo. Lo que ambicionan tanto los hombres, el Poder, la gloria del nombre, se desvanecía, en la luminosa serenidad de Fray Luis, como un fuego fatuo. Cuando la reina de Portugal quiso honrar con el Arzobispado de Braga a nuestro fraile, éste supo resistir, no sólo a la tentación de tal honra mundana, sino hasta a más íntimos sentimientos de gratitud hacia la soberana devota y bienhechora. Y hasta venció su responsabilidad de pastor: acaso se sentía digno del cargo, pero domeñó el escrúpulo de esta obligación un tanto pomposa con otra más grande: la de renunciación. Estaba más cerca de Dios perfeccionando, con la humildad más absoluta, su alma, que con cien Arzobispados, desde donde regiría tantas almas por los caminos de la luz; pero el alma de Fray Luis, vaciada en sus pensamientos escritos y orales, sería como el manantial vivo de todas las almas presentes y de las venideras. Y Fray Luis rechazó tenaz y delicadamente la encomienda de la

alta prelación lusitana, pero, requerido de nuevo por la voz maternal e insinuante de la reina, se vió obligado a otro trance más arduo, más santo y más sabio que aceptar: hacer que otro aceptara. Y señaló al candidato. Grande honra, fué, pues, para Luis, el que le hizo la reina en esto: porque ignorando ella las excelencias del elegido por Fray Luis, demostraba entera confianza a su válido. Y esta elección del de Granada es una de sus hazañas psicológicas, porque su acierto acordó a su afán, y aun en los trabajos y peripecias que pasó para lograr la aceptación del cargo episcopal, es digno del temple de su Orden y de su ánima bendita. Apeló Luis al convencimiento, en el que derramaría chorros de elocuencia, y como fracasara ésta ante la tosudez humilde del agraciado, apeló entonces a su autoridad indiscutible de Provincial. Fray Bartolomé de los Mártires fué el nuevo Arzobispo de Braga y llegó a ser prelado invicto, digna su vida de la pluma de un Gerónimo como dice el cronista de Fray Luis.

Ante la gracia de la reina con Fray Luis, que como una caricia espiritual le conmovía el alma, el iluminado monje tuvo una delicada rebeldía de conciencia. Ni la gratitud, tan fuerte en almas buenas, ni el amor que profesaba a la santa reina intimidaron la serenidad apostólica del humilde dominico. Estas bellas

rebeldías de Fray Luis, son tan ténues, tan tersamente dibujadas, casi tan invisibles, que es así como se escapan a la trillada repetición de sus grandes rasgos monumentales en la reseña apasionada de sus biógrafos. Queremos destacar aquí la fina naturaleza sentimental del glorioso hijo del Patriarca Santo Domingo. Retoquemos este análisis de la postura de los beatíficos talentos en negocio tan árduo como el de la humildad. No subían, pues, al púlpito los buenos frailes como nuestro Fray Luis, por vanagloria sino por devoción. Pero si despreciaban una retórica superflua, acudían sin embargo a aquella que, para las tradiciones literarias de la escolástica, era el sillar de toda especulación ordenada y brillante. Pesaba mucho en aquellos buenos retóricos de mil quinientos la gravedad aristotélica, cuya Dialéctica consultaban como al sumo texto sagrado de la vieja ciencia humana. Buscaban, pues, como Luis, la elocuencia, para el preciso convencimiento de las almas en Dios, no para vanidad de los pobres predicadores. Pero si la elocuencia es la expresión del alma ardiente, revolucionada en ansias profundas de perfección, y la naturaleza íntima del alma es transparencia, esa elocuencia religiosa debía ser desnuda, conteniendo nomás los elementos de la añeja preceptiva, más sin recargo grosero. Y en Fray Luis, como antes en el padre

de la Iglesia Griega, el sublime Crisóstomo, más que arreglo de métodos sutiles, más que seguimiento de normas, era su elocuencia la articulación milagrosa de una armonía interior, de una sensibilidad emocionada en los supremos ideales de la vida como tránsito de la otra inmortal. Su elocuencia era más inspiración que escuela, era más intuición artística que artificio frío, más poesía que retórica.

Fray Luis es un alma bellamente rebelde. Bajo la corteza cristiana, de perfecta humildad, vibraba su entereza de casta, su humanidad libre y altiva. Recordemos cuando, desde el púlpito, observando que su buena madre no podía pasar entre el gentío, grita el bendito fraile a la muchedumbre que dejara franco paso a la anciana; y recordemos también cuando, amonestado Fray Luis de ocuparse en escribir la vida, ciertamente ejemplar, de un fraile amigo, responde que más le interesa tal amistad que todas las de los Grandes de la tierra. Es humildad todo esto, porque es acato y homenaje a la humildad de la madre; es humildad porque es acato y tributo a la verdadera nobleza de las almas, que por su santidad son humildes; pero es al mismo tiempo, en Luis de Granada, rebeldía, rebeldía de amor y no de pecado; rebeldía cristiana, la de más preciados quilates, pues es la del que fundó el amor entre los hombres, fundiendo este eter-

no lazo fraternal con su sangre de Dios hecho hombre; es la rebeldía del Divino Maestro contra los fariseos, renovados sempiternamente, disquisidores venenosamente sutiles; es la rebeldía del Hijo del Hombre contra todas las injusticias hipócritas consagradas por un mundo de corrupción levítica y de cobardías específicas.

Esta humildad en el espíritu rector de Fray Luis le daba una entereza tranquila. Los reyes y los príncipes demandábanle para regir sus conciencias; y él les asistía con la severa donosura de un ministerio que no reconoce más dignidades que las del bien y la virtud. Por igual amonestaba a los grandes que a los ínfimos, a los reyes que a los súbditos, y por igual sabía poner, en las almas atribuladas por la responsabilidad del mando o por la miseria angustiosa, el dulce consuelo de la esperanza en un premio infinito y en una eterna paz.

Un hijo del pueblo, Fray Luis de Granada, era llamado con insistencia por los Grandes de España y Portugal para su espiritual confortamiento. Pero el sabio varón era de sana proge; y su entendimiento y su fama, debidos a su esfuerzo y a la intervención de la Gracia, suplieron la modestia de sus orígenes sociales —que a él le complacían— nivelándole en la consideración aristocrática. Su

familia era modesta y honrada; su ascendencia lo fué de honor. Este mérito, del que es ajeno el hombre pero al que está siempre sujeto, fué un salvoconducto en la iniciación conventual del personaje. A este lustre fortuito añadiría el que se debe al coraje de la voluntad para escalar las cumbres del genio. La rigidez moralista que prescribía la Iglesia le llevaba a establecer estas selecciones de los "bien nacidos": "la limpieza de la sangre", como decía de Luis, era condición para estas consagraciones monásticas. Más tarde se ablandaría esta intransigencia canónica hincada en la esencia del Derecho Eclesiástico y se podrá dar el espectáculo halagador y misterioso del hijo de Renán, el heresiarca escritor, inspirado, delicioso y artista, vistiendo el hábito impecable de Loyola. Y como éste, tantos sorprendentes casos más, que son un mentís de la biología y del Espíritu a la soberbia de las caretas morales.

Y esa doble naturaleza del ser español, que en pareja medida es humana y es divina, se dá paradigmáticamente en Fray Luis de Granada. Los atributos de su esencia estuvieron equilibrados, compensados bellamente. Careció del arrobamiento extático que sustrae la criatura, aunque temporamente, a los dominios terrenales. Fray Luis experimentó un éxtasis intelectual, el de la profunda oración, en

cuyo trance permanecía largas horas serenas; pero no sintió el arrebató súbito de las exaltaciones sobrehumanas cuando el desprendimiento de las almas de los cuerpos. Fray Luis no se separó ni un instante de la tierra; bajó el Cielo al mundo, porque esto era lo posible para sus fuerzas de hombre. Solamente a Cristo Nuestro Señor estuvo reservado el subir, porque resucitó de entre los muertos.

Por eso toda la beatitud de Fray Luis no alcanzará una grandeza comparable a la que se deduce de su trato con su madre adorada. Porque esta ternura del hijo privilegiado tiene una divina raíz de humanidad, de humanidad en sus más intensas tensiones cristianas: la compasión hacia la miseria y el dolor que la buena madre padeció; la gratitud hacia el sacrificio con que cuidó de sus primeros años zozobrantés; de elevación en el amparo de su fortaleza de varón a la debilidad específica de la mujer abandonada del mundo. Esta esencia humana y cristiana de Luis, esta caridad iluminada hacia su propia madre, este fervor heróico para el ser que lo concibió en la entraña de los dolores y en el espíritu de las comprensiones alentadoras, hacen más santo al místico mancebo de la predicación. No amó a una madre dotada de intuiciones como Santa Mónica, pero amó, con pareja unción que Agustín, a una madre humilde, tal vez

ignara, pero dulce y honesta y que por ser madre poseía todas las jerarquías que la hacían merecedora de esta primacía ardiente del gran amor del hijo laureado en los viejos y solemnes claustros de España.

Se explica la entereza de Luis en su filiar ternura. Ya hemos dicho del pasaje en que el santo, predicando arrobado, inspirándose acaso en los textos perfectos del Crisóstomo o en los irritados del profeta Jeremías y que aplicara Fray Luis a la relajación de costumbres coetáneas; como viera que su madre no tenía acceso en la aglomeración de feligreses, amonesta a esta pidiendo la dejen pasar. Nos imaginamos sabrosamente el estremecimiento interior y externo de aquella concurrencia absorta y delirante ante una elocuencia que habitualmente hacía derramar lastimeros sollozos, muchos de ellos histéricos, porque la admiración intelectual sólo interiormente vierte su choque magnético, su fluída agitación recatada al contorno. Pero es que esos fieles, que acataban la autoridad, la devoción y la elocuencia del fraile, sintieron de improviso un entusiasmo más hondo, de una nueva y definitiva belleza, ante la nobleza del hijo, ante el gesto gentil del caballero. ¡Siempre Fray Luis tan humano, tan cotidiano, tan igual a todos y tan superior, tan único en esta ambivalencia de derroteros múltiples, sagrados: el

amor trascendente, la identificación con la Divinidad invisible pero real, y la identidad terrenal, la relación visible en los efluvios íntimos, en la sencillez mansa de los domésticos afectos, de los deberes de hogar! Porque acude, en este ángulo de la vida de Luis, un suceso dramático y decisivo de su magno destino: la lucha de su vocación religiosa y de su devoción filial, venciendo la primera, pero sin que esta absorción mística pudiera estorbar su inmenso cariño a la madre. Sorteó las dos responsabilidades tremendas, cumpliendo exactamente ambos compromisos, inalienables, perentorios, solemnes: dejó a la madre como prescribe Cristo, Señor nuestro, pero elevó Fray Luis este nuevo sacrificio fundamental con las accidentalidades de uno nuevo: dando de comer a su madre con el propio y exiguo pan conventual que disfrutaba el hijo profeso. Así aumentaba su penitencia con el reparto diario y contentaba su ternura sin par. Hubiese dado Luis su sangre preciosa para alimentar aquel cuerpo amado que se encorbó tantos años, para buscar el pan amargo del pobre, al hijo, al niño ungido por las predestinaciones del talento y de la santidad que ya florecía en las gratitudes. Los autores están contentes en que Dios premió en nuestro santo, con los beneficios de la beatitud, todo lo que hizo de amor y de protección para su ma-

dre. El premio de su corazón fué su inteligencia poderosa, cultivada en retóricas y en elocuencias de clásicos cortes, por lo que fuera nominado el Cicerón cristiano; el premio, la corona, de su talento, fué su santidad, porque no sólo hizo eterna su fama entre los hombres sino que hizo inmortal y dichosa su esencia en los altos designios de Dios.

No obró Fray Luis esos milagros desconcertantes, que contradicen, al menos para el raciocinio simplista de los más, el curso establecido de las cosas, que niegan las leyes naturales de tan divina procedencia. Pero la naturaleza y la vida entera del predicador de Granada por ser plenitud de genio y de bondad fueron el milagro viviente, el prodigio continuo. ¿No lo fué acaso la rara lucidez de su espíritu gravitando sobre una senectud avanzada?

Como el Greco huía de la luz solar porque la luz interior asistía a sus visiones alucinantes; así también Fray Luis, ciego y anciano de ochenta y cuatro años, no requería ni la vista ni la fuerza del músculo para proseguir sus concepciones filosóficas que tenían por raíz al númen del misterio. Ambos espíritus divinos buscaron un estrecho rincón de sus celdas para irradiar en el espacio intangible de la infinita idea. Sus cuerpos mortales se simplificaban para dar lugar a la grandiosidad de las

almas extáticas. Las penumbras de la materia decadente eran como la sombra que proyectaba la estatura gigante del genio fecundo. El alma agitada poseía su luz misteriosa y de este modo despreciaba la limitación fatal de la carne, agobiada en este concurso de sostener las naturalezas angélicas. El prodigio de Fray Luis creando cuando era viejo y enfermo, es la verificación natural de la superabundancia mística del alma, de la compensación que hace Dios, con los jugos inmortales, en la cambiante estructura de las vidas efímeras. (1).

En la vida ejemplar de nuestro Padre Maestro se dieron resonancias de las vidas de los profetas antiguos. Como la árida Tebaida, Fray Luis tuvo si nó su desierto, sí escarpada roca solitaria donde invocaba el espíritu de Dios como en un clamor sollozante. Sobre todo en Portugal, que fué como su se-

(1).—Manuel Azaña, en su estudio académico, atildado, sobre Valera, comenta el dicho humorístico de D. Juan sobre la decadencia que producía su senectud. Se trata del pasaje del Gil Blas, de aquel arzobispo también de Granada que después de una apoplejía compuso sus sermones y los compuso mal, por lo cual decían los oyentes. "Voilà un sermón qui sent l' apoplexie". (He aquí un sermón que huele a apoplejía). Pero Fray Luis, aun escribiéndolos de viejo, no vería declinado su genio, porque otra fuerza que no es la humana le asistía. Y esto aunque no lo creyera el autor de Gil Blas, ni Valera ni Azaña.

gunda Patria, se asentó en esta penitencia del paisaje desolado, adecuado marco para sus soliloquios. Y en España, en la margen de un arroyuelo, que lleva su nombre insigne, se ponía el asceta a reeler las sagradas letras. Porque los ruidos del mundo estorbaban a la quietud del alma en que va a posarse la quietud de Dios, que es todo pensamiento de la eternidad. Fray Luis se identificaba a la soledad, que era pura y serena como su conciencia. Pero si fué extraordinariamente fecundo no fué únicamente por haber sido un solitario, ya que existe su actividad pastoral, sino porque era un apasionado, apasionado en Dios.

Oración, ilustración teológica, penitencia: en esto ocupaba sus días venturosos el varón apasible. Pero su vida se orientó sincrónicamente hacia la acción fundadora, de la que daremos cuenta después por lo que fué émulo de Santa Teresa, cuyo dualismo de lo contemplativo y de lo activo, su ligámen en la esencia mística de su espíritu, hacen su perdurable gloria. Su naturaleza de varón hízola más equilibrada y por eso menos celestial que la de la genial doctora. En la feminidad tocada por el dedo de Dios, sus huecos específicos, revelados en el fenómeno incomparable del éxtasis, fueron decorados con motivos en que palpité lo inefable del misterio. Estos contenidos intelectuales de los dos escritores místicos, Tere-

sa y Fray Luis, los expondremos después, en su contraste y en su similitud. En capítulos siguientes hablaremos siempre del hombre y todavía del Fundador pero sobremanera del autor incansable, del escritor fecundo que puede compararse, por la cantidad de la labor y por la grandeza del producto, a los más venerados exégetas, constructores, como San Agustín, de la palabra del Cristianismo, que en su continuación histórica será el Catolicismo apostólico y romano.

Su padre gallego —nacido en Sarria, cuyo nombre llevó: al morir dejó de cinco años a Luis—, y su madre andaluza transmitieron al hijo la amalgama de sus temperamentos sensibles y nostálgicos que en él cuajaron en el fruto maduro de su emoción devota y literaria. Emigró pronto Luis, ya hecho fraile y famoso, a gratas tierras lusitanas, donde creció su sabiduría con los años estudiosos y experimentados en el trato de gentes. Como París lo fué para otro prócer ingenio, Vitoria, su patria intelectual y adoptiva, así también Lisboa lo fué para el fraile andaluz, que sabía que el varón de Dios (soldado del Evangelio) debe renunciar a las inclinaciones del terruño nativo como renuncia a los goces de familia, porque su patria está allá arriba y la de abajo es transitoria. Por eso deja su nombre por el de su ciudad; deja su ciudad por las extrañas. Su destino es errante. Su patria es el cielo. Todos los confines andará tras una huella de conversión.

posible y de ternura evangélica. Atento a la señal del Señor, su destino humano es móvil como es invariable el espiritual al que está sirviendo dócilmente. (1).

Pero hubo otra razón providencial para ese rumbo andariego del gran predicador: una atracción simpática, la afinidad electiva de la reina, que fué como regazo maternal de su espíritu. Y así como España dió una reina —luz del Cielo— a Colón el extranjero, descubridor de un mundo físico, así también Portugal dió otra reina a Fray Luis, el forastero, descubridor de un mundo nuevo de la Gracia.

Fray Luis fué el poligrafo medieval en sagradas letras. Fué traductor, como de la Escala Espiritual de San Juan Clímaco y de la Imitación de Cristo de Kempis; fué biógrafo como de Fray Bartolomé de los Mártires y del venerable Juan de Avila; fué el Boileau de la exégesis, por el tratado de Retórica que escribió donde campea una pasmosa erudición clasicista y escolástica. Fué orador sacro, escritor erudito y elegante. Fué también gobernador eclesiástico puesto que hicieronlo Provincial, consejero de reyes. De vida múltiple y una —la espiritual,— fué ante todo el escritor pues hasta sus sermones eran antes escritos.

(1).—Fray Luis vivió en Portugal cerca de 38 años. En Lisboa, 25, con frecuentes ausencias.

Y donde su prosa alcanza una consumada maestría es en su libro: *Guía de Pecadores*, que mereció elogios ardientes de sus biógrafos.

¿Por qué no han tenido, hoy en día, los libros de Fray Luis, la debida valoración literaria, que sí alcanzaron en otras épocas? Creemos que por la sutileza de sus temas, poco accesibles a la masa del público y de los críticos. Pero en orden a méritos de forma, el estilo de Fray Luis está al lado del de Cervantes y aún por encima de los clásicos castellanos. Basta leer los proemios de su "*Guía de Pecadores*" para convencerse de esta excelencia. Fray Luis, pues, ha sido ignorado y por eso poco o nada exaltado a la categoría que merece en nuestra historia del arte de escribir.

Sus sermones, por haberse traducido del latín, —los vertió D. Pedro Duarte—, perderían su fuerza; y aun por haberse escrito en esta lengua generatriz pero anticuada porque carecieron, originalmente, de la opulencia rítmica del castellano como íntima y honda repercusión de la sensibilidad castiza del autor. (1). Porque el idioma, que es la expresión gráfica del espíritu de un pueblo, es por eso el vehículo de sus más genuinas emociones; y se mol-

(1).—Más adelante aludimos al dato de que Fray Luis escribía los mismos temas de sus sermones en latín y en romance.

dea según el calor e idiosincracia de quien emite en él sus querencias, profanas o divinas.

Sus magníficos sermones están, también, plagados de citas sagradas porque esa era el uso, y aun lo sigue siendo, de la elocución del púlpito católico. El texto evocado era una garantía de autoridad teológica; y cuando como Fray Luis, veneraba el predicador una de esas cabezas inmensas como la de Santo Tomás, el elogio de los documentos del ángel de las escuelas tenía fervores ardientes en el panegirista. Pero además, y generalmente, el orador sacro descargaría su conciencia, postrada en humildad, de no recurrir a su cosecha, sino de apelar a la ajena, que tenía las consagraciones de los siglos. Los sermones del tipo de los de Luis de Granada eran sendos cursos retóricos dentro de los ámbitos de la tésis cristiana.

Fray Luis creyó en los milagros de los santos. Esto era indicado en él, en su severa observancia del dogma y sus concordancias teológicas como la de la facultad de Dios de operar los prodigios mediante sus seres escogidos. Esta fé candorosa nos subyuga desde luego porque era la fé de un sabio, de un hombre profundamente inteligente y laboriosamente cultivado. Era, pues, en Fray Luis, una actitud de lealtad suprema, de fidelidad interna, de obediencia no fingida en los confines ignotos del pensamiento íntimo, sino sentida en todo

su ser; era la necesidad espiritual y mental de creerlos, la emoción de sentirlos en otros como en sí se ha sentido el milagro velado de la Gracia. La razón del místico es la fé en la fé, en la razón de la fé, que es la intuición de la Gracia.

Hoy todavía se cree en ellos y se creará eternamente por muchos espíritus sensatos, aun a despecho del escepticismo de la filosofía y de la negación de cierta ciencia; aun a despecho de la ironía ambigua y del rudo humorismo sajón de ortodoxos como Chesterton en su ensayo sobre Santo Tomás al comentar la naturaleza desconcertante de su éxtasis y sus milagros.

Pero lo que admira más en la ingenuidad genial de Fray Luis es que no solo creyera en los milagros de los grandes santos, hechos inconcusos para su estricta ortodoxia, sino que creyó también en los santos menores, simples varones meritísimos, de fisonomía apenas canonizable, como Fray Bartolomé de los Mártires, el ilustre arzobispo de Braga, del que refiere sucesos maravillosos, como el de devolver la vista a los ciegos, y cuyo relato consta en el libro de su vida que compuso el propio Fray Luis.

Nuestro crédulo fraile apunta, sin embargo, el supremo milagro de Santo Tomás, que fué el angélico oráculo en su gusto y cultivo

de la ciencia de Dios: cómo, viviendo el santo de Aquino menos que otros autores, escribió más libros que cada uno de ellos y los más notables de la catolicidad. Este sería, hemos dicho ya, el milagro inominado de Fray Luis: no porque viviera poco, sino porque, en el vértice de su lengua existencia, tuvo arrestos para crear sus mejores tratados ascéticos, precisamente cuando la decadencia inexcusable del cuerpo ha de aflojar el vínculo mixto y vital que con el espíritu mantiene en la elaboración de la idea.

Pero este teólogo insuperable que fué Fray Luis es discutido en su fé, según los arbitrarios juicios humanos. En su obra está todo el conocimiento de las Sagradas Escrituras, enriquecido con las galanuras retóricas de su dicción. Su interpretación es clara y rotunda del sentido escolástico, porque Fray Luis, además de ser santo fué sabio y esta doble fortaleza de su ortodoxia era la infalibilidad mayor. Pero esto no obstante, o acaso por poseer semejante virtud de forma y fondo teologal, mereció las torvas sospechas inquisitoriales. Compartió de este modo nuestro dominico la gloria del ultraje al genio rebelde y renacentista de Fray Luis de León, que por traducir la Biblia al romance, por democratizarla llevándola al alcance del pueblo, fué encerrado en un calabozo donde su amargura humana tuvo el ali-

vio de las estrofas inmortales en que cantó la paz serena del alma. (1).

Fray Luis pudo hablar esplendorosamente desde el púlpito, de las virtudes cristianas: humildad, paciencia, castidad, pobreza, obediencia, porque ya antes las había escrito, con sangre de sacrificio, en su propia vida invicta. Veremos después algo más de estas virtudes en su ejecución personal y en su definición tribunicia.

La penitencia de su cuerpo era el odio a la culpa original. Castigando su cuerpo castigaban al pecado, o a una potencia pecaminosa. La penitencia es caridad y es humildad, porque así redimían el penitente y el humilde en sí, inocentes y santos, la consumación del pecado en los culpables y ofrecían esta expiación como humildad implorante de divinos perdones. Y otra laya de penitencia, heroica y sufrida, la penitencia de vanagloria, es la que condujo a Fray Luis a ceder su gloria a otro fraile.

(1).— Por el respectivo pasaje se palpará la calidad de los acatamientos ortodoxos en Fray Luis, así como el presente se refiere a la sencillez del estilo. El escribió de su traducción de la Escala Espiritual de San Juan Clímaco: "Y si alguno fuere de parecer que no se deben poner estos libros en Romance, por no tener aquella gracia en translación, que tienen en su mismo original", etc... sino lo que estaba en obscuro y perplejo estilo, ponerlo en fácil, fiel y llano, para que se pudiese entender"...

Los príncipes, los emperadores, conceden dignidades pero que son siempre subalternas a su poder y para servirse de ellas. Pero la que dió, indirectamente, Fray Luis, fué de distinta especie: fué obra de su humildad, de su desprendimiento, de su obediencia. Y en ella fulguró la intuición. Fué obra de su prescencia. Es la obra de su santidad como de su genialidad: suscitó la virtud prelatia de otros, dió ocasión magnánima a la revelación de la inteligencia, la empujó en su vuelo humano y celeste. Fray Bartolomé es la criatura ideal de Fray Luis, su hechura como entidad episcopal, y aun como escritor de fluidez sacada y escanciada en su hábito espistolar. Por eso Luis lo mima trazando su vida, aunque omite la referencia de su participación decisiva, por proponerlo y conminarlo después, en el encumbriamiento del buen fraile portugués. Es, pues, una de las más altas proezas de Fray Luis de Granada haber descubierto y demostrado que donde hay virtud y mental cultivo, aunque limitados eventualmente a la pasividad no infecunda de los claustros, está el gérmen de otras capacidades notorias, como las de la acción dirigente de las almas, en una comunidad que tenía tanto de Estado político como de convivencia contemplativa. Y esta sabiduría en lo temporal veníale de la otra: en la del espíritu tenso y libérrimo, purificado en sus pasmos de

amor. Por esta afinidad de ambos clérigos y porque las páginas de tal biografía destacan, en su autor, Fray Luis, los caracteres sustantivos de su ser, sus arrestos, dicho libro es fundamental en un análisis de Fray Luis de Granada.

Es típico de los frailes españoles de la estampa espiritual del de Granada, preferir la teología mística, esto es, la teología no como ciencia exclusivamente, aunque fuera la ciencia divina, sino al mismo tiempo como sabiduría y como emoción. Así lo explica el cronista de Luis y a su vez el propio fraile lo cuenta de Fray Bartolomé de los Mártires en el libro, ya mencionado tantas veces, que sobre él escribió.

“Hay otra Teología — escribe Luis Muñoz en su vida de Fray Luis— que por ser cosa recóndita y secreta, llaman Mística: ésta tomada con alguna latitud, es el estudio de una ciencia divina que trata de veras de servir, buscar, comunicar y contemplar a Dios con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el señor; poniendo todos los medios para conseguir este fin, caminar a paso largo a la perfección cristiana, y aprender la ciencia del amor de Dios”, etc. Porque “la voluntad — torna a decir— suele apartarse de Dios (cuando de ordinario, en las escuelas, más adelgaza y sutiliza el entendimiento para buscar las verdades aún

teológicas) si el hombre no cursa igualmente los generales de la Teología Mística”.

La ciencia y el gusto y experiencia de las cosas de Dios es propio de la mística Teología, asevera Fray Luis. Y dice: “La cuál gustando con la voluntad cuan suave y amable es Dios, enseña al entendimiento estas perfecciones mismas divinas”. “Del gusto de la voluntad se sigue el conocimiento del entendimiento, que es propio de esta mística Teología”.

Corresponde esta dilección de la teología mística a las sensibilidades particulares de la raza, pero incluso a los lineamientos básicos de la Orden de Santo Domingo: la conversión de las almas por medio de la predicación sistemada. Y como ésta no habría de efectuarse vertiendo los abstractos contenidos de la Suma Teológica sobre el espíritu ingénuo de la multitud de los fieles, habría que recurrir a la paráfrasis llana de los textos evangélicos y de los libros bíblicos, revestida con galana y limpia elocuencia; por todas estas razones práctcias los frailes, como Luis, optaron por lo que hablaba a su subsciente, objetivado luego, que era lo emocional de lo místico, y al mismo tiempo llenaba su deber apostólico. La Orden que fundara el beligerante y milagroso fraile español, lo era de sabios, especulativos en sus primeros y magnos sillares; como Tomás, pero de sabios de mira activa después. “Tenía (La Orden de

Santo Domingo, escribe Chesterton) sus raíces en el misticismo remoto y en el desasimien- to moral del Oriente, y era, en consecuencia, inevitable que los dominicos fueran una hermandad de filósofos, donde los franciscanos eran en su comparación una hermandad de poetas". Y dice en otro lugar de su libro sobre Santo Tomás: "Más no debemos perder de vista el problema de Santo Domingo, que fué tener que tratar con una población entera, con reinos y ciudades y comarcas que habían abandonado la fé y estaban petrificadas en religiones nuevas, extrañas y anormales. El que él lograra conquistar aquellas masas de hombres tan engañados solamente hablando y predicando, será siempre un triunfo enorme digno de un trofeo colosal".

La Orden fué de sabios porque la exposición de las verdades místicas necesitaba un Tomás y un Agustín, su antecedente, que fundamentaran recíprocamente filosofía y revelación; pero esta autoridad soberana y solitaria de sus columnas pensadoras se refugiará en la voz de las cátedras monásticas como en una urna sonora, y de cuando en vez lucirá en la dialéctica de un predicador suntuoso, como en una comunión de sus inspiraciones.

Esta ductilidad del espíritu español para lo emocional, para el poder de la voluntad inflamada en ideal, haya su fórmula, de una elegancia

te ortodoxia, en las palabras de Fray Luis que entresacamos de sus sermones, y que viene a integrar como la definición de una teología del amor. En su sermón sobre la Santísima Virgen María, expresó el elocuente predicador: "Porque la caridad verdadera cuanto más sube hacia Dios por el amor, tanto más desciende y baja con el afecto de piedad y misericordia para ayudar a los hombres, que fueron criados a imágen de Dios". (Tomo undécimo. Pág. 81. Ediciones de Plácido Barco López. Madrid).

Jamás se aparta la vista angélica de Fray Luis de los conflictos de la tierra, que tiende a solucionar, y sus cuitas a endulzar con tan paternal consejo. Es un hombre seráfico pero muy terrenal. Iniciado y madurado en el ejercicio de la confesión, posee el necesario conocimiento de los hombres. Tiene su pensamiento en las alturas pero para purificarlo y mejor ejecutarlo en este mundo. Se humaniza intensamente, vive entre los hombres, los observa, los cala; les hace justicia a los buenos como Bartolomé de los Mártires y Juan de Avila; y ante las destemplanzas de los otros se eleva su áspera voz de profeta llamando a la contrición. Y ese doctor bondadoso, sereno, prudente, de una ingenuidad infantil, de pronto se nos yergue en sus arrestos de brava estirpe, que no sabe mentir ni disimular el reproche merecido. Es entonces un Savonarola sin énfasis pe-

ro con veracidad enérgica y cauta en sus juicios. Es su vida de Fray Bartolomé de los Mártires asoma su don de crítica y consejo a la mundanidad exagerada de muchos prelados. Oigásmosle. Inicia su libro con este tono sentencioso, de un estilo nervioso y fuerte: "Cómo los cielos están siempre en continuo movimiento, así parece que las cosas de la vida humana ruedan también con ellos; pues vemos nunca permanecer en un mismo ser". "Entonces florecía la observancia de aquel canon del Concilio Cartaginense Cuarto, donde se manda que el Obispo tenga una pobre casa y pobres alhajas para su servicio; y veremos cuanto ha prevalecido la costumbre y mudanza de los tiempos; pues aquel canon ya está olvidado, por la costumbre que en contrario hay"... "Lo cual entendía muy bien nuestro religiosísimo Arzobispo, el cual en el Concilio Tridentino propuso en aquel sacro Senado esta querella, señalando los Prelados de cierta nación, los cuales venían más como grandes Señores del mundo que como Ministros de Cristo: y lo que aquí propuso con palabras, guardó todos los veintitrés años gobernando su Iglesia". También fustiga Fray Luis a los nobles cuando rebasan su poder, y que están persuadidos —son palabras del santo fraile— "que todas las dignidades y honras se les deben por título de nobleza".

¿Y como no tener majestad para estas imprecaciones si estos frailes realizaron en sí mismos las rectitudes que piden? Ellos, como Fray Bartolomé de los Mártires, según lo cuenta Luis de Granada, lo daban todo a los pobres, y cuando no tenían nada que darles les daban hasta la cama. Ellos, como Fray Luis y también Bartolomé, que sólo por el mandato de santa obediencia y so pena de ex-comunión si desobedeciere, aceptó el cargo arzobispal; ellos renunciaban a las pompas del mundo. Ellos, confesores de reyes, eran como los siervos de los siervos, pues eran los amparadores del pobre. Ellos, en fin, llegaron a cristalizar, como heroíco empuje, una perfección que les hacía dignos de normar las conciencias, recusándolas en sus desvaríos.

Ei todo lo creado tiene una raíz divina, la santidad es el fenómeno en que más se manifiesta la intervención de Dios en las esferas del hombre. La Gracia es como la invitación y el estímulo, pero no el motor del heroísmo santo. La Gracia no sustrae al ser elegido de la tentación sino que lo pone en medio de ella, para probarlo. Lo ayuda, pero lo compromete. El libre albedrio queda intacto, aunque saturado de una gloriosa inquietud. El hombre deberá dar toda la medida de su divinidad, demostrar que es digno de estar hecho a imágen y semejanza e Dios: alcanzar este grado doloroso es

ser santo, que es vencerse, venciendo la resistencia de lo humano y vencer a Dios, identificándosele en su amorosa esencia. Pero hay santidades de relieves asombrosos porque así convenía al ejemplo en los comienzos de la cristiandad: son las santidades milagrosas. Más para la realidad del fenómeno, tan santo es el que hace milagros como el que no los hace pero cumple en su vida las normas de la perfección mística. Tan santo es Fray Luis de Granada y Fray Bartolomé y Fray Juan de Avila como sus antecesores insignes, fundadores de Ordenes, como Santo Domingo, fundadores de una filosofía escolástica, como Santo Tomás. Porque la santidad es un don de voluntad y no del entendimiento, fueron santos los santos. En los famosos, su entendimiento fué un regalo de la naturaleza agrandado por los favores de la Gracia, pero por cuanto la raíz santificante era en ellos prévia, labrada en los esfuerzos de su voto.

Si queremos entender algo de estos sutiles sucesos, meditemos, pero con nuestros propios recursos, en estos pios enunciados. Repitamos que el santo no es como el maniquí de la Gracia, de la Predestinación, sino su experimento: la cual no forza a la naturaleza humana sino la preside. Respetamos el sabio, infalible criterio de la Iglesia para las canonizaciones, pero no podemos menos que deslizar nuestra curiosidad

ante alguna omisión. Uno de los rasgos característicos del alma santificada, —aunque no haya ascendido a los altares para su culto— es el don de presciencia. Este se dió en Fray Luis cuando reconoce, en el ánima buena de Fray Bartolomé, la capacidad del gobernante de diócesis; y se dá también en Juan de Avila cuando, requerido de Santa Teresa para que examine su caso, negado y condenado por la malicia de los doctores teologales, absuelve y pondera la pureza de los raptos. Sobre este pasaje se produce Luis de Granada en la biografía de Juan de Avila. He aquí, pues, los milagros impersonales, recatados, de la asntidad: hacer de su alma el espejo de las demás almas afines, identificadas por la igual y común perfección, unidas por la fuerza de su esencia divinizada. Desde la altura de su grandeza mística, nada se oculta a su exámen, porque no es con el entendimiento únicamente con que taladra lo ignoto de las intimidades ajenas, sino con su voluntad de reconocimiento, de simpatía y de amor.

Los santos, vasos de elección, han de carecer de los contactos de la materia viciada, pues que contienen al espíritu puro. Y si son "vasos de barro" según frase de Fray Luis, al menos que la carne en ellos no incite al pecado, sino que sea únicamente el conducto del tránsito del alma por el mundo para recogerse en su seno infinito que es Dios. Por eso la virtud de

la castidad es fundamental en una edificación espiritual. Fray Luis la pondera elegiacamente a través de los supremos ejemplos, porque la ha practicado en sí mismo como las otras virtudes cardinales. Y donde se solaza y eleva infinitamente este predicador es en la relación de esta virtud del doctor santo, Tomás de Aquino. Siempre nos producirá estupor de admiración el heroísmo de la carne al negarse así misma, porque este heroísmo excede a todos los demás. La raíz latente del deseo es estrujada por la voluntad poderosa de renunciación a los goces efímeros pero intensos. Y el olvido de tales tentaciones llega después como el premio a esta obscura y luminosa lucha entre el instinto vital y la superación privilegiada del espíritu. No es estéril la castidad de los santos porque es la de los varones de Dios que están a su servicio directo. Los santos son una aristocracia suprema con la que Dios borra las imperfecciones del mundo, equilibra su desgaste en el mal, su inferioridad y su maldición de pecado. Son el contrapeso de las esterilidades del placer y de la locura libidinosa. La castidad de los santos es fecunda en clemencias de Dios para los excesos de la masa bestializada. No los tiene Dios para engendrar cuerpos sino almas, que es purificarlas, iniciarlas y colmarlas en los misterios eternos.

“Traidor y vil vicio”, clama horrorizado

Fray Luis de la lascivia. La cual llega a postrar, agrega él, a quien no pueden postrar los mismos tormentos. Por eso saludará extasiado la sublimidad de la abnegación de la pureza diciendo: “¿Qué cosa, pues, más admirable que este don, vivir en carne y no según la carne?”. Dice Fray Luis que San Juan Clímaco llama “castidad heroica” a esta virtud, “por la que el hombre desfallece de si mismo, y pasa a la imagen de la semejanza divina, de modo que nada más se mueve interiormente, viendo un cuerpo hermosísimo, que si viera una estatua de mármol”.

Fray Luis, en su propia vida estiró esta disciplina ascética, llegando hasta causarle espanto el que los médicos viesan su pobre cuerpo postrado. Recataba la propia carne a la mirada humana aunque careciera de intención pecaminosa. Su gesto extremoso, pero concorde a la rigidez de su moral, acaeció cuando sufrió un accidente y era necesario, según nos traslada su biógrafo usando un lenguaje pintoresco, “que como se enfriaban las tripas” se las acomodasen a su natural asiento, que por cierto no fué logrado el intento. Y temblamos de congoja al pensar en aquel forcejeo de las manos sacrílegas, las de los galenos de entonces, maltratando aquellas entrañas del varón impertérito en una tarea que no honró mucho a la ciencia quirúrgica pretérita. Y como las “tripas”

seguían colgando y llenaban, no obstante, sus funciones, se conformó el buen fraile doliente con enroscárselas al cuerpo. Y así vivió largos años.

Nos relata Fray Luis el episodio dramático en que se probó la vocación de castidad del Doctor Angélico. Ante la tentativa familiar para inducir al conocimiento del mundo al núbil santo, llevándole una meretriz a su aposento, tal fué la justa ira de Tomás que se irguió con un tizón ante la mujer tentadora. Y de otro santo se cuenta que, presentándosele una hermosa mujer desnuda, él se arrojó al fuego, sin abrasarse. Pero lo más admirable no es que no se haya quemado sino que quiso quemarse en fuego físico para no quemarse en fuego de concupiscencia.



Nada hay más revelador del espíritu evangélicamente exaltado de aquellos frailes pretéritos, como su lucha abierta, infatigable, dramática, contra el amancebamiento. No sólo predicaban contra el pecado sino que, por el consorcio del poder civil en la esfera eclesiástica de aquella época, los misioneros de Cristo, celosos de la castidad, recurrían a procedimientos de verdadera policía —coacción, fuerza—, con los que solían casi siempre restablecer, ya que el convencimiento fracasaba, las

costumbres cristianas. En la vida pastoral de Fray Bartolomé alcanza su curva máxima esta ardiente preocupación moralista, según nos lo refiere Fray Luis de Granada, y en éste mismo santo varón castísimo hay episodios reveladores de tan patética cruzada contra la infracción al mando canónico.

Hoy, en tiempos en los que la influencia religiosa no es tan decisiva, el uso, casi diario, del divorcio, empleado aún por personas casadas por la Iglesia, viene a exagerar aquellas rigideces que encajaban en la tradición ética y canónica de las formaciones místicas. El hombre o la mujer, actual, desamparado, tiene que recurrir al poder de la ley civil, e infringir, muy a su pesar tantas veces, sus sentimientos afines con la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Pero entonces no había esto: la Iglesia era un Estado, y las leyes del Estado confesional, Estado absoluto, se imponían triunfantes. Los ejecutores eran, pues, los prelados, y lo más procer de estas prelaciones antiguas, lo constituían los frailes del tipo de Fray Luis. Era el pecado mortal, terrible, amenazante, que conduciría a las almas manchadas, débiles, irresolutas en la virtud, al infierno; y la caridad desbordada de salvarlas, en los representantes de Cristo, enardecía sus gestos con un heroísmo y una audacia verdaderamente dramáticos. Hay que comprender aquellas intromisiones de

los buenos frailes en lo más recatado y sagrado de las vidas privadas: su intención abonaba su entremetimiento. Fiscalizaban las conductas, invadían los hogares, quebraban tantas veces una pasión verdadera y por eso respetable, pero lo hacían guiados por una idea sincera, generosa y aún santa.

Hoy los hombres y las mujeres actuales no piensan en los infiernos teológicos sino en los infiernos de la tierra, los de sus vidas encontradas, en pugna, y carentes del remedio en las direcciones espirituales, que fracasan por rebeldía de nuestros tiempos, acuden a la solución de la libertad, que no siempre salva sino que complica los destinos domésticos. Pero otros son los expedientes de hoy, porque otro es el espíritu del hombre moderno. Lo que acaecía antaño, debemos comprenderlo situándonos en su psicología especial, de sociedad trabada en el respeto eclesiástico, en el temor a las penas ultrahumanas. La Iglesia mataría el amor pero imponía la paz, aunque sin aquel, es estéril, pero ese era el perfil rudo, escueto, de las costumbres que presidía el santo temor a Dios.

Para el criterio cerrado de los defensores del matrimonio eclesiástico, el divorcio moderno es el cauce de los amancebamientos consagrados; y para el criterio excesivamente liberal, el matrimonio canónico era un despotismo

cruel, en que la discordia latente hacía ficticia su estructura y hacía sacrílegas las consagraciones. Porque la coacción externa del vínculo no pondrá cordialidad ni decencia en las almas, sino solo el amor, la instintiva y divina recíproca atracción de los corazones.

Pero este arduo negocio ha de fallarse con sinceridad y con prudencia, sin alardes cínicos, o al menos desprensivos de la ética, ni con aspavientos hipócritas. Ni librepensadores ni fariseos, ni teóricos sin fé, ni inquisidores, serán los doctores en esta causa del alma y de la comunidad humana, sino los propios actores de sus vidas, de su responsabilidad, de su sensibilidad y de su honor. Estamos seguros que aquellos frailes no se apartaban un ápice del ejemplo de Cristo, al perdonar las flaquezas de la carne. Y toda la grandeza de la misión de Cristo, todo el sentido de su divinidad se exhibieron en su acto: no el de combatir amancebamientos sino el de combatir a los hipócritas; porque el pecado puede ser irresponsable, como fuerza biológica, pero la condenación despiadada del pecado, cometiéndolo, es el crimen del fariseo, que más desapruaban Dios y los hombres de bien.

* * *

Se juzga comunmente que solo los políticos, los estadistas, han sido grandes psicólogos y que los espíritus santificados, nó. La reclusión

material de estos como que les resta la eficacia del conocimiento humano, cuando es al contrario. Los varones de Dios están constituídos para catar las almas, viven en este tráfico honrado, pero como no las explotan, no las esclavizan y deturpan, no sale a lo exterior este don práctico. Los varones de Dios conocen honradamente las almas, pero como su ministerio es amarlas, purificarlas, su proeza queda oculta tras los velos de la humildad. Pruebas bastantes de la habilidad para los negocios del mundo, para el saber de gobierno, para la capacidad psicológica aplicada al regimiento de los hombres, tenemos en la vida de Fray Luis y de Fray Bartolomé de los Mártires, según nos los refiere Fray Luis de este último.

Veámos los consejos que dió Fray Luis a Fray Bartolomé de los Mártires, y que el futuro arzobispo copió en un papel usándolos como un prontuario o estatuto de su gestión futura. Constituyen el documento inmortal de la prudencia y de la sagacidad humana. Ellos son: "La primera: que fuese amigo de tomar consejo, y no fiarse de su parecer, ni lo siguiese, no siendo en cosas averiguadas, o en decretos o mandatos apostólicos. La segunda: que no fuese precipitado ni riguroso en castigar; antes curase untando, "molificando" y disimulando muchas cosas: que no quisiese de todos vida espiritual; empero, que no permitiese pe-

cado público o escandaloso. La tercera: que no fuese fácil ni leve en el trato, en las palabras y en el semblante, de manera que diese ocasión a tenerle en poco, y le perdiesen el respeto; ni tampoco fuese tan esquivo, que sus ovejas se extrañasen de él; más guardase en todo una medida y peso conveniente al oficio, abajando con los pobres y pequeños los puntos de la severidad, y teniendo por regla para con todos, traer en balanza igual grandeza de ánimo con humildad religiosa, y blandura con gravedad”.

Y así, exactamente, lo cumplió el fiel destinatario de estas sabias orientaciones. Y por eso su prelación fué genial. En este “estira y afloja”, que hoy se diría con fea expresión, abunda toda la ternura del santo y toda la energía del santo investido del Poder temporal. Es el equilibrio de la equidad, que aplica la ley con justicia y no con brutalidad.

Y esta dualidad, tan poco sospechada en la naturaleza mental de los grandes clérigos, y que es tan peculiar del espíritu español, se destaca con estas palabras del mismo Fray Luis sobre Fray Bartolomé de los Mártires, relatando sus aciertos epistolares en Braga, ciudad de Portugal. Se verá, pues, al lado de la humildad del santo la agilidad política para saber llevar la gravedad del cargo, manera de hacerlo respetar de todos los hombres; de los buenos, por convicción amorosa, de los ariscos, por temor.

“Pero de tal manera era nuestro Pastor humilde, que nunca por eso perdió la gravedad que su dignidad y oficio pertenecía. Más esta no era postiza ni fingida (cual es la de muchos otros) sino la que procede del mismo peso de la virtud. Y por esto no menos le obedecían y reverenciaban los suyos, que si fuera un Grande Príncipe. Y con ser en todas las cosas humilde, no quería por eso perder un punto de la preeminencia [de aquella dignidad, y de los privilegios de su Iglesia, los cuales fué compelido a jurar solemnemente cuando tomó la posesión. Por donde cuando vino a las Cortes de Tomar, siempre trajo Cruz levantada, como Primado que pretendía ser, hasta la Cámara de su Majestad (aunque otros Prelados reclamaban) por no menoscabar el derecho de su Iglesia”.

Tal vez se arguya de exceso de sutileza nuestro afán de precisar los contornos de la doctrina religiosa en que enmarcó su vida Fray Luis. Este ángulo merece una aguda atención. Por ejemplo, creemos no es lo mismo teología mística que mística teológica. La primera fué la que profesó, cultivó, se identificó Fray Luis; la segunda fué la de Santa Teresa de Jesús. La de ésta tiene más y tiene menos que la de aquel. Tiene más porque es, o lleva, a la posesión de Dios; es menos porque sirve menos a la propagación religiosa entre los hombres, por ser

tésis la teresiana de una excepcional rareza. Pero el caso de la santa de Avila es único porque realizó la genial paradoja de la acción religiosa al lado de la elucubración revelacional de los arrobamientos. En fin, de la teología mística se puede definir con un postulado doble, diciendo: que es sabiduría de amor y es al par amor de la sabiduría, ya que es filosofía ascética, ciencia del amor divino, y es filosofía, es decir, ciencia.

Entre los místicos hay un parentesco común, una semejanza de fondo. Por eso pudo decir Santa Teresa en la Morada IV, "que no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho". Esto era lo que decía Fray Luis sobre la sequedad del entendimiento que se contenta con los problemas teológicos sin elevar su corazón a la caridad de Dios. La santidad de Santo Tomás le preservó de esa mutilación de su espíritu pues si cultivó la teología como ciencia, supo también inundar su alma, asistida de la Gracia, en la emoción del amor divino.

"Como buen aristotélico, Santo Tomás —dice Matías Baugartner —coloca la inteligencia sobre la voluntad". A los frailes místicos de España más que ahondar el fenómeno filosófico, les interesa convertir almas a Dios. Estos frailes están empapados en la ciencia teológica de Santo Tomás, que perteneció a su Orden, pero aunque le secunden racionalmente

por cuanto no lo impugnen, no le siguen obsesos en los planes de su cruzada. Juan Domínguez Berrueta, en su penetrante libro sobre Santa Teresa tiene esta intuición admirable del problema que planteamos: "Y definiendo todavía más los términos, podemos decir; Santo Tomás, los escolásticos en general, son "filósofos cristianos"; Santa Teresa, y con ella el pueblo español, el que habla su mismo lenguaje, es "cristiano filósofo".

En el uno está la especulación, en la otra está la vida.

Este deslinde se ha de aplicar mejor al fenómeno de Luis de Granada, porque él encarnó el carácter del predicador por antonomasia, es decir, del cristiano filósofo, ya que sin nutrida ciencia teológica y mística no podría ser un apologista elocuente. Santa Teresa se disgrega, por excepcionalidad de su fenómeno íntimo y extático, del grupo inefable de los doctores místicos, como Luis de Granada, Fray Bartolomé de los Mártires, Fray Juan de Avila y San Juan de la Cruz.

Para entender, pues, la posición histórica de Fray Luis hay que partir de esta delimitación de su naturaleza espiritual. No fué un filósofo teólogo, estilo Edad Media, fué un escritor místico. Pero no un místico, insistamos, como experiencia extraordinaria de éxtasis y santidades milagrosas, sino como un espíritu

que, para realizar su misión evangélica en la tierra relajada, se nutrió de la filosofía mística, esto es, del conocimiento y de la emoción de Dios. Esta es la real jerarquía del asombroso predicador dominicano, cuyas proporciones gigantescas, poco sabidas hoy día, se destacan en la evangelización civilizadora de América y del cual el dulce y severo Fray Luis es el más acabado símbolo.

La mutua comprensión que existió, de sus especiales destinos, entre Santa Teresa y Fray Luis, es un nuevo argumento para afirmar sus semejanzas y sus contrastes: semejanzas místicas y contrastes místicos, en lo que esta palabra tiene de milagro extático. "Acaeció también —escribe Fray Luis en su biografía de Juan de Avila—, que una gran Religiosa, por nombre Teresa de Jesús, muy conocida en esta nuestra edad por grande sierva de Dios, (aunque al principio perseguida por muchos que no conocían su espíritu)", etc. Y a su vez la Santa expresa de Fray Luis de Granada: "De las muchas personas que aman en el Señor a V. P. por haber escrito tan santa y provechosa doctrina y dan gracias a Su Majestad, y por haberle dado a V. P. para tan grande y universal bien de las almas, yo soy una".

"No conocían su espíritu"... "Tan santa y provechosa doctrina"... Estas frases lo dicen todo.

III

Ya Santo Tomás, en la Primera Parte, Artículo IV, de su Suma Teológica, definía a la Teología diciendo que “es más especulativa que práctica; porque se ocupa más principalmente de las cosas divinas que de los actos humanos, de los cuales trata en cuanto el hombre se dirige por medio de ellos al perfecto conocimiento de Dios, que es lo que constituye la bienaventuranza eterna”. En consecuencia, podemos interpretar un perfil de la Teología Mística diciendo que es la parte teológica que se ocupa de iniciar a los hombres en ese conocimiento de Dios. Y en esta labor de la eterna bienaventuranza se ocupó ardientemente Fray Luis. El cual decía que los libros eran como “predicadores mudos”; siendo los suyos predicadores eternos porque lo fueron geniales.

El libro de Luis Muñoz sobre Luis es un viejo documento recomendable. Adolece del vicio literario de su época: el recargo de disquisiciones de sentido patristico, esto es, la com-

paración reiterada del personaje principal con otros varones ejemplares. Su defecto es la dispersión. Este método llega a cansar al lector, interesado vivamente en la central figura. De tal biografía, indudablemente excelente, tomamos algunos datos sobre la esencia y sobre la realidad anecdótica de nuestro insigne fraile. Una de estas es su manera de escribir. Sabemos, pues, que el "principal de sus estudios era escribir". En su creación procedía de este modo: "Mandaba primero le leyesen algún libro, que oía por espacio de una hora (reputó esta lección por estudio; que la vista cansada necesitaba de esta ayuda) luego comenzaba a dictar, paseando casi siempre, y dictaba con tanta prontitud, como si delante de los ojos tuviera escrito lo que iba diciendo: efecto de cuán premeditado lo tenía en la oración: duraba el dictado hasta las diez. Entonces despedía al escribiente, y tomaba él la pluma y escribía hasta las once en materias diferentes de la que tenía dictado".

Se trata de inspiración mística en la creación literaria de Fray Luis pues que la prévia preparación de las oraciones era como un conducto certero y rápido del pensamiento. En la oración había sentimiento pero a la vez razonamiento, meditación, fuerza intuitiva del genio.

En Badajoz compuso Luis su mejor libro:

“Guía de Pecadores”. Esta ciudad, según Fray Luis, “tenía buen cielo y buen clima”. “La Guía de Pecadores”, para el biógrafo remoto de Luis de Granada, “es uno de los de mayor importancia que tiene la Religión Católica, y a quien se deben más conversiones de pecadores que por ventura a otro ninguno de cuantos hay escritos”. El elogio es definitivo.

Compárese el estilo de Fray Luis en sus tres fundamentales muestras de su arte: sus sermones, sus libros ascéticos como la “Guía de Pecadores” y sus biografías de varones apostólicos. Aunque el fondo es el mismo, varía la entonación, acomodada al asunto. En sus biografías su prosa es más concisa, más dúctil, más enérgica también, más semejante a la prosa moderna. Pero se diferenciará de esta por la acerada concisión, por la sobriedad a que la obligaban las calidades religiosas del tema. Idéntica idea desarrollan Eca de Queiroz y Fray Luis, pero el uno la engalanará en su elegancia mundana, ondulante, preciosista; en tanto que el otro la dotará de una patética desnudez. Escribe Fray Luis: “Exhortaba también (Fray Bartolomé de los Mártires) a sus oficiales y amigos que se guardasen mucho del peligro de vanagloria, que es viento muy sutil, y entra por doquiera; mayormente cuando halla motivo en las buenas obras que hacemos. Porque es tal la naturaleza de este vicio, que

como sea verdad que los otros vicios son combatidos de las virtudes, sólo éste toma ocasión para hacernos guerra con ellas. Por donde cuanto el hombre fuere más virtuoso, tanto más se debe recatar de este vicio, que hace armas de las virtudes para destruirlas". Y ha escrito, a su vez, el escritor lusitano, en su Vida de San Onofre: "La más humilde limosna, la llaga de un mendigo que se lava, una simple consolación, en cuanto se alaban, son peligros terribles para el alma, porque la persuaden de su caridad y excelencia"... "Por el bien que sembramos en los demás, sólo recogemos dentro de nosotros orgullo, y cada obra de nuestra caridad estropea la obra de nuestra humildad". Aquí, pues, habrá un mérito: el de la forma expresiva; pero en los conceptos de Luis de Granada hay doble virtud: la convicción de las palabras junto a la majestad de su forma.

Es que Fray Luis se nutrió en fuentes abundosas, no importa fuesen paganas, una de las cuales fué el filósofo gentil Séneca y la otra Plutarco. Fray Luis cita al primero constantemente, y aunque le rechace su discordancia filosófica, le ama profundamente. Esta actitud comprensiva de nuestro fraile se repetirá en sus elogios de Platón. Realizaba Fray Luis, en su época y en su radio, lo que Santo Tomás en el suyo: la adaptación del pensamiento pagano a la filosofía cristiana. Séneca sería para

Fray Luis lo que Aristóteles fué para Santo Tomás. Hay evidentemente un gesto revolucionario, renovador, libérrimo, en este asomarse de un alma mística al caudal literario del gentilismo; pero hay un sentido de acatamiento religioso en esta alianza formal, pues para Fray Luis no se ocultaba que en el genio humano, gentil o cristiano, hay una intervención de la Gracia, es un milagro pasivo; y que la invocación de ese genio pagano era un esfuerzo de coordinación de todos los elementos del pensamiento humano en la obra de Dios en la tierra.

Pero también, en este gusto por Séneca había para Fray Luis el incentivo de la seducción literaria. (1).

(1).—Digno de análisis es el fenómeno de la atracción que ejerció en Fray Luis la sabiduría de nuestro Séneca. Intuición genial fué en nuestro dominicano fijar esta armonía de dos espíritus saturados de idéntica intuición, aunque el desenvolvimiento de ambos fuera distinto. Porque la nobleza de las máximas de Séneca es como un prelude de conversión religiosa. El tratado sobre la Ira no lo censuraria la ortodoxia católica.

Síntoma de liberalidad fué en Fray Luis su predilección senequista, porque en otros espíritus menos comprensivos que el suyo las trabas de la inflexible ortodoxia serían un coto para estas curiosidades hacia el sabio pagano. Porque, ciertamente Séneca, al decir de Auguste Bailly ("La Vie de Sénèque". La Sagesse Antique". París), aunque dotado con intui-

Pero toda la tersura de su prosa, que como un atavio sutil cubre la ternura interior, se nos presenta de pronto en este párrafo que tomamos de su biografía de Fray Bartolomé de los Mártires y que dice de este modo: "...Es tan ingenioso el amor propio, que siempre haya razones y color de piedad para las cosas que quiere: y es tan sutil, que, como dicen los Santos, en todas las cosas se entremete, y aun en los muy divinos ejercicios, sin que se entienda: por lo cual los que hilan más delgado en el servicio

ciones metafísicas estuvo muy lejos de haber captado la esencia del espíritu cristiano. Notamos sus aleteos religiosos, pero este batir de alas trascendentales se suspende de pronto para caer la soberana intuición del filósofo cordobés en la penumbra doliente de la inicial y ancestral paganía. Tiene este acento: "Si queréis consagrar vuestra atención a cuidar el alma, vivid pobre o como si lo fuérais". Séneca fué rico pero vivió como pobre. Alude, como se ve, al alma. Pero tiene este otro acento contradictorio de su profesión de fe espiritualista. "La aspiración a la sabiduría es la meta de la perfección, y no el amor de Dios". "Cuando se aspira a la sabiduría —dice— se puede sufrir el hambre"... "La filosofía nos promete mucho más: libertad perpetua, sin temor al hombre ni a la Divinidad".

Auguste Bailly dice del Séneca adolescente: "...que era extremadamente sensible de corazón, inteligente, refinado en todos esos sentimientos". La bondad congénita del sabio fué uno de los fundamentos de atracción para el alma suavizada del santo, así como la hermandad de sus vocaciones artísticas.

de Dios, y le quieren ofrecer un sacrificio puro y limpio, siempre viven recatados de este contrario que traen dentro de sí, y examinan muy bien el intento que en eso tienen, por no engañarse con la apariencia del bien. Otros medios hay para satisfacer a los criados, sin dar de sí nota; que es servirse como grandes señores, resplandeciendo sus aparadores y mesas con vasos de plata, estando la tierra llena de lágrimas y necesidades de pobres; cuyos padres han de ser ellos”.

Y tiene este período en que destaca su soberana energía estilística, colorista y severa: “Con esta tan grande liberalidad (Fray Bartolomé) y entrañas de misericordia para con los pobres, siendo tan pobre para sí, robó los corazones de sus súbditos, y los aficionó grandemente a su persona y doctrina”...

Hemos dicho ya que Fray Luis tradujo el libro de Kempis. Esta hazaña literaria merece más comentario. Dedúzcase su importancia de la que tiene para la cultura cristiana ese libro inmortal. Pero no solo abunda este gesto de Fray Luis en virtudes de propagandista evangélico, sino en aciertos literarios. El tema ascético del pequeño gran libro adquiere en la traducción que realizó nuestro fraile una emoción ardiente y humanizada. Es tanto obra Kempis como obra de Fray Luis: el uno le infundió su espíritu, que fulgura a veces en

elocuencias apocalípticas; el otro le infundió, con la letra renovada, un espíritu nuevo. Se hipostasiaron en tal libro las dos inspiraciones místicas y los dos estilos maestros. Pero Fray Luis — no tememos afirmarlo — lo remozó, lo fijó bellamente en la perpetuidad del idioma sonoro, del romance plástico, como se diría en su época, le otorgó jerarquía altísima en las galas del pulimento, en el modelamiento del original primor ideológico. Y es que su asunto penetró poderosamente en el espíritu cultivado de Fray Luis. Libro psicológico, en que se enumeran los desengaños humanos, fascinó a una mente aguda, a una experiencia de los hombres tan vasta como la de Fray Luis de Granada. Libro de las desolaciones de la tierra y de las consolaciones cristianas, fué un relámpago para esta alma asomada a la tragedia del hombre y empeñada en su salvación por la “verdad eterna”, por el amor de Dios. ¿Qué mejor traductor para tal libro concordante con sus sensibilidades? Y Fray Luis, repetimos, lo aderezó, pero respetando su esencia y su forma; lo comprimió a la expresión del genio español.

“Más ruégote —dice Fray Luis al lector— por amor de Dios que sepas mirar y estimar este presente libro, y verás en tí mismo cuan de verdad ha obrado Dios en tí, mediante estas palabras, no una de estas tres cosas, más todas juntas; y no como quiera, más muy apu-

radamente. Y dígolo así, porque aunque muchos libros hay que nos enseñan a obrar y a orar y comulgar; mas mucha diferencia va (como dicen). de Pedro a Pedro y de libro a libro. Cierto no es pequeña obra saber encaminar en el camino de Dios, para que el que camina, no caiga en barrancos. Ni es arte pequeña el saber hablar con Dios en la oración, ni cosa liviana el saberse aparejar para bien recibir el cuerpo de Cristo. Y todo esto hallarás tan abundosamente en esta mesa, tan pobre en pompa de palabras, y tan rica y harta en las sentencias, que cierto yo tengo muy creído que tu me reprendas después de leído, de corto, por no haber sabido alabar este libro como merece ser alabado”...

“Pues ten una cosa por averiguada, que si te llegas a este libro con alguna intención y gana de aprovechar, hallarás remedio para tu necesidad. De manera, que muchas veces dirás: este capítulo que ahora abrí, al propósito de lo que yo había menester, ha hablado”....

“Y porque tal fuente como ésta, que agua tan clara echa de si para hacer tanto fruto, estaba tan turbia y casi llena de cieno, por no estar el Romance tan claro y tan propio, ni tan conforme al Latín, como fuera razón, fuí movido con celo de esta perla preciosa (que tan obscurecida estaba, y por eso tan poco gozada) de sacarla de nuevo, cotejándola con el Latín,

en el cual el primer Autor la escribió; y quité lo que en el libro hasta aquí usado no había estado conforme al Latín. Declaré lo obscuro, para que en ninguna cosa tropieces. Quité lo superfluo, añadí lo falto. Y así con la gracia del Señor trabajé de presentarte este espejo en que tú te miras, cuán limpio y claro yo supe; y de darte ese camino en lo que andes, el más llano que yo pude”.

“Y aun porque lo traigas siempre contigo doquiera que fueres, se imprimió pequeño, como lo es; para que así como no es pesado en lo de dentro, no lo sea en lo de fuera, y tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro de tus dudas, un arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de ti lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quien es el Señor que tal poder dió a los hombres, que tales palabras hablasen. Recibe, pues, este amigo, y nunca de ti le apartes. Y después de leído, tórnalo a leer; porque nunca envejece, y siempre en unas mismas palabras entenderás cosas nuevas, y verás algún rastro del Espíritu del Señor, que nunca se agota”...

“Y aunque no hemos de mirar tanto como el Autor que habla, cuanto lo que habla, es bien que sepas que quien hizo este libro, no es Gerson, como hasta aquí se intitula, más Fray To-

más de Kempis, Canónigo Reglar de San Agustín...”

Y otras hazañas de Kempis, hazaña de humildad, fué ocultar su nombre, que le daría humana gloria. Pero Dios le premió esta humildad, porque en el descubrimiento del autor quedó consagrada su fama.

El calor del panegírico que hace Fray Luis se colegirá de la infinita ternura que siente ante la doctrina prodigiosa de la “Imitación”. Esta doctrina se ha transfundido a su alma, la ha labrado como una arcilla dispuesta. Por eso hemos dicho que esta función de crisol, en Fray Luis, revela una disposición profunda y específica de su sensibilidad ascética frente a la maravilla del pensamiento de Kempis. La formación teológica de Luis girará en torno a la tesis y a la forma expresiva del iluminado filósofo que traduce. Le absorbe sus jugos, pero les inyecta vigor dialéctico, emoción estética.

Veamos algo de la admirable traducción. En el Capítulo XLVIII, que trata de las “ciencias vanas”, se leen estos juicios rotundos, que suenan a increpaciones de profetas antiguos: “Hijo, no te muevan los hermosos y sutiles dichos de los hombres: porque no está el reino de Dios en palabras sino en virtud. Mira mis palabras, que encienden los corazones, y alumbran las ánimas, provocan

a contrición, y traen muchas consolaciones. Nunca leas cosa para mostrarte más letrado; más estudia en mortificar los vicios: porque más te aprovechará, que saber muchas cuestiones dificultosas. Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, a un principio te conviene venir"... "Yo soy el que enseñó al hombre la ciencia, y doy más claro entendimiento a los pequeños, que ningún hombre puede enseñar. Al que yo hablo, luego es sabio, y aprovecha en el espíritu. Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y muy poco curan del camino de servir a Dios. Tiempo vendrá, cuando aparecerá el Maestro de los Maestros Cristo, Señor de todos los Angeles, a oír las lecciones de todos; que será examinar las conciencias todas, y escudriñar a Jerusalem con candelas. Y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas"...

Ante este estilo patético, de duras sentencias ascéticas, que suenan a metales salomónicos, el espíritu de Fray Luis se conmovería hondamente. ¿No está descifrado en la sabiduría de Kempis el sentido religioso de almas como Fray Luis de Granada? ¿No por ventura se han sometido a las reglas severas que enuncia el inspirado filósofo de la "Imitación"? Por eso, por esta consustancialidad

mental y espiritual, pudo amar tanto a este libro nuestro Fraile: amándole al grado de fundirlo en pensamiento nuevo, por que al original y extraño de Kempis, le dió lo mejor, Fray Luis, de su fé y de su elocuencia.

La originalidad filosófica de Fray Luis debe apreciarse y fallarse como se falla la de Santo Tomás: fueron dos secundadores, más que creadores, porque su creación era la metodización del material anterior, disperso o confuso. Ya hemos dicho que lo que hizo Santo Tomás con Aristóteles — acoplarlo a la teología—, lo haría Fray Luis con toda la herencia ascética: darle un cauce asequible en las almas sencillas. Su misión no fué inventar, sino repetir la palabra de Dios, aunque en esta exégesis haya la majestad de un genio original y vigoroso, convencido y sutil.

Fray Luis fué fecundo y tenaz exégeta y apologista. Esta facultad cumplía su admirable vocación pastoral. Entre sus libros — antes arrinconados en las bibliotecas, como asegura uno de sus biógrafos, y ahora más— entre sus libros doctrinarios está el memorial de la vida Cristiana. Y toda su obra fué, con variedad de matices, sobre este inmenso tema. Los eternos inconformes acusarán de aridez al pensamiento del fraile granadino, porque su radio literario no superó el de la mística. Ya

hemos explicado las alegaciones, de orden monástico y por tanto íntimo, que acuden a justificar este exclusivismo. Pero no debemos desconocer que la obsesión de su anhelo no es de las que induzcan a suponer frialdad en tal alma, sino muy al contrario, un fuego que desborda y que incendia a las almas capaces de amar y comprender. Pero hay, para esta comprensión, que situarse en su siglo, en su época, en su raza, en su misma naturaleza acomodada para estas visitaciones del espíritu divino. Y así, lo que era alucinación plástica en el Greco, era alucinación metafísica en nuestro uncioso fraile: es decir, una visión individualísima y misteriosa que no debemos juzgar con nuestros ojos carnales. Para Fray Luis, no había aridez en su místico problema, en su trascendental asunto religioso, sino delicia y ardor, porque su espíritu estaba proyectado adecuadamente hacia esas metas superiores. La aridez la veían ellos en las elucubraciones de la ciencia mundana, y acaso tengan razón. Como en el símil de Theotocopuli — que revela, en su raíz creadora, Marañón — en Fray Luis no hay propiamente ideas, sino imágenes; o imágenes de ideas, esencias de imágenes. Aunque su expresión fuese asequible a los hombres, aunque su verbo se humanizara, la Verdad que profesaban y descifraban a los hombres, tenía que estar a una altura infinita sobre la común

medida de los intelectos profanos; y esta elevación, esta distancia, es precisamente lo que desconcierta y anonada a las inteligencias fáciles que no han sido hechas para el inefable conocimiento de las ideas eternas. No era árido el terso escritor y elocuente predicador Luis de Granada: los áridos somos nosotros, porque estamos desposeídos de la Gracia, que es plenitud de sentimiento y de emoción, de visión intelectual trascendente.

Si la oración, como dijo Fray Luis, es la elevación del alma a Dios, en las oraciones de Santo Tomás estaría el trasunto de sus revelaciones divinas. Su genio, pues, fué una inspiración del Cielo. De esto está profundamente convencido Fray Luis, quien se expresa así del fenómeno: "De esto nos ofrece un buen ejemplo un solo Santo Tomás, el cual reveló en secreto a su carísimo hermano Fray Reginaldo que aquella su insigne y tan admirable doctrina la había alcanzado más con el ejercicio de la oración, que por el ingenio y trabajo humano. Este secreto quiso que se guardara mientras vivió. Y así fué costumbre de este Santo Doctor, que siempre que había de estudiar, escribir, o disputar, iba antes al lugar secreto de la oración, para aprender de Dios lo que había de enseñar a los hombres. Porque entendía, (como dijo San Agustín) que las dudas se resolvían mejor en la oración, que con la huma-

na inquisición.” (Sermones, tomo undécimo, Pág. 362).

Fray Luis, en estos sermones de estilo sencillísimo, define el milagro extático de Santo Tomás y a su vez define el milagro intelectual, de raíz de una predestinación muy singular. Define también lo que es sabiduría y lo que es ciencia. La sabiduría, en la concepción teológica de Fray Luis, no es don de entendimiento sino de voluntad, de corazón iluminado por la Gracia. “Y este conocimiento que se adquiere por el magisterio del Espíritu Santo, es aquella divina sabiduría que tiene el más ventajoso y principal lugar entre los otros dones, y a la cual se ordenan los demás. El nombre de sabiduría se deriva de sabor; de modo que, sabiduría es como una ciencia sabrosa y suave. Y el cargo u oficio de esta sabiduría es la contemplación altísima de la divina bondad y hermosura; en la cual definen los teólogos que consiste la felicidad o bienaventuranza que puede haber en esta vida. Y en esta contemplación disfrutan los Santos alguna vez tanta suavidad, que los sentidos del cuerpo pierden toda su facultad sensitiva”. (1). “En prueba

(1).—El alma absorbe al cuerpo, lo disuelve en esencia adorante. La enunciación de este misterio psico-físico vale, en intensidad de evocación racional, por las magnitudes ingenuas de la creencia de Luis de Granada en el milagro operado en Santo Tomás.

y crédito de esto nos ofrece un ejemplo prodigioso Santo Tomás, que cuando oraba con más devoción, con frecuencia se arrebatava y apartava de sí mismo, de modo que quedaba privado absolutamente de todo movimiento y sentido”....

El estilo oratorio de Fray Luis de Granada es, pues, sabio y al par, fácil y ameno. Su arte consistía en armonizar la gravedad de la erudición escolástica con la sencillez de una predicación dirigida a profanos en teología. Era el gran teólogo en sus sermones, pero un teólogo del púlpito y no de la cátedra. Esta flexibilidad de su genio no fué atisbada por Mr. Bell cuando llama pedantesco a su estilo.

Nos relata más adelante el milagro intelectual de Santo Tomás. Dice Fray Luis: “De esto consta que este Santo Doctor consiguió con el ejercicio de la oración no sólo el don de la sabiduría, sino también el don de ciencia, que también se numera entre los dones del Espíritu Santo”. “Porque fueron tantas y tan variadas las cosas que trató, leyó y disputó, que apenas para ello alcanza una muy larga vida”.

Y ante el prodigio creador de Santo Tomás, Fray Luis exclama extasiado: “Esta maravilla tan rara, confesando la verdad, me arrebatava muchas veces en pasmo y admiración de la virtud divina”.

Sería cuestión de hacer una antología de

pensamientos de Fray Luis para destacar la belleza de su estilo, lo que no nos es posible. Para cerrar este capítulo copiaremos una muestra de su elocuencia en que hay profusión de imágenes, imaginación y fuerza demostrativa en una fabulosa posesión de riqueza verbal: “Tuvo a la verdad la virginidad de María una cosa singular y fué el gozo de Madre con el honor de Virgen. Tuvo también la caridad otra cosa singular, y fué, que, no sólo amó a Dios, como a común Señor, sino que lo amó también como a su Hijo verdadero con amor gratuito y natural. Y si la misericordia es un efecto de la caridad, habiendo tenido tanta caridad, ¿cuánta será su misericordia? Si la fuente así redundada, cuanto inundará el río que de ella se deriva? “(Tomo cit. pág. 691).

Vigoroso dialéctico, producirá Fray Luis esta laya de definiciones impecables, como la de la envidia, —de la que están llenos, según él, los palacios y aún los monasterios—, y de la que en su “Guía de Pecadores” nos dice: “Envidia es tristeza del bien ajeno, y pesar de la felicidad de los otros: conviene saber, de los mayores; por ver el envidioso que no se le puede igualar con ellos: y de los menores, porque se igualan con él: y de los iguales, porque compiten con él”. Y del odio y el rencor, explica: que éste no es odio formado aunque camina para él. Pecado es la envidia —dice Fray Luis—

de los más poderosos y perjudiciales que hay. Previene, pues, con ardor, contra "el pellizco de este feo y desabrido movimiento", la envidia, eterna e implacable.

Las preocupaciones totales, fundamentales, de Fray Luis, fueron las místicas, por lo cual sus facultades literarias no eran sino meros instrumentos de su iluminada fé. El caso de Fray Luis de León varió del de Fray Luis de Granada. Fray Luis de León fué un alma hondamente mística, pero no encajada en el rigorismo profesional de predicador en que estuvo la del otro; y esta libertad le permitía la divagación espiritual del arte. Fué un renovador de los usos idiomáticos, un revolucionario del casticismo lingüístico. Por eso Fray Luis de Granada, en su fidelidad monástica de las reglas, en su cerrada obediencia a la tradición eclesiástica de respeto a los textos sagrados que no habían de exponerse a las falsas por torpes interpretaciones del vulgo: por eso Fray Luis de Granada, en los prólogos que escribió para su "Guía de Pecadores" patentiza su prudente actitud.

Los afanes de Fray Luis de León fueron afanes humanistas, de cultural audacia como nos lo demuestra Mr. Bell; y los afanes de Luis de Granada fueron de otro rango. Pero no descuidó, sino al contrario, esmeró el cultivo de su estilo. No hay que compararlo al de Luis

de León, porque sus inquietudes, sus formaciones, sus almas, fueron distintas; y menos hay que menospreciar el de Granada con los términos bruscos con que se enjuicia la sapiencia del gran predicador.

“Fray Luis de León —dice Mr. Bell— abre la marcha escribiendo sus primeras obras en lengua vulgar; deducid de ello su importancia. Reparad en este fundamentalísimo contraste: mientras Fray Luis de Granada “desprecia las cosas del suelo”, Fray Luis de León las acaricia y exalta; de donde el estilo, de aquél, devenía pedantesco, o al menos, inaccesible. Pero Fray Luis de León tomó a su cargo el demostrar que en la lengua vernácula se podía ser a la vez sencillo y sublime”.

Ahora bien: Fray Luis de Granada si desprecia las cosas del suelo, despreciará las que no conduzcan a la gloria de Dios; pero como en la naturaleza todo canta esta alabanza, nada quedará excluído de la percepción del gran místico. El enfoca los temas desde su hábito conversor; si el estilo es elevado, no siempre es inaccesible; y cuando es inaccesible no es que sea pedantesco. No podría haber pedantería en el suave y ardiente diálogo de un alma serena y profunda con la Divinidad. Habrá patetismo, prodigio, elocuencia, pero no amaneramiento, porque no hay ficción y exageraciones, porque no hay cálculo en la intención, ni

forzamiento en el discurso. Fray Luis de Granada desprecia las cosas del suelo, pero las pecaminosas. No desprecia la utilidad de los idiomas vulgares, sino el mal uso de las versiones de la Escritura Sagrada a ellos. Es fiel a su papel, a su misión, a su jerarquía teológica. Sigue en esto, como en tanto, las huellas reveladoras del Apóstol, al que invoca, como se verá en sus prolegómenos a su "Guía de Pecadores: "...Porque razón tienen si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y obscuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes, aunque sea para confundirlos, ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de Teología: las cuales ni aun en los sermones populares consiente San Agustín que se traten. ¿Pues cuanto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del Apóstol: pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique. Así mismo libros de la Sagrada Escritura no conviene andar en lengua común. Porque hay en ellos muchas cosas obscuras; que tienen necesidad de declaración"... (Prólogo Galeato, o Breve tratado del fruto de la buena doctrina).

Las rebeldías de Luis de León, muy españolas, fueron, en este sector que reseñamos, de corte doctoral y humanista, y por tanto, mundano; mientras que las de Luis de Grana-

da fueron las recatadas en la sensibilidad emocionada del hombre. Ambas almas, hermanas en el nombre y en la profesión soberana del voto religioso, produjeron belleza artística bajo el estímulo evangélico y bajo el estímulo instintivo de la creación del genio. Y esto último, decíamos, sobre todo Fray Luis de León, al que se atribuye la frase que descifra el sentido de las continuidades inalterables de espíritu filosófico, superior a las accidentalidades pasajeras de la vida vulgar: "Decíamos ayer"...

IV

Los frailes benditos cuya vida apuntamos, — pues no es este libro más que bosquejo o armazón — declinando sincerísimamente los cargos episcopales que les ofrecían los reyes o los superiores jerárquicos, argumentaban: ¿sinó podemos con nuestras propias almas como podremos con las demás? Pero su modestia no velaba la realidad de su ser, perceptible para nosotros con una claridad que acentúa la distancia de los siglos. Al ser humildes es que sí podían con sus almas, pudiendo con las demás.

Pudieron dominar, encauzar las demás almas, porque sujetaron, al heroísmo de la santidad, las suyas. Dominaron las nuestras con el hechizo de su simplicidad y de su grandeza de espíritu, uno de cuyos dones fué la ternura.

Las arideces teológicas no secaban la inagotable fuente de la ternura humana en ellos. Porque la ciencia mística — intelección y sentimiento—, al inflamar al alma en su contacto

con Dios, sacudía las más hondas calidades sensibles humedeciéndolas de suavidad deliciosa, la interior, para recibir al amor, que es el sentimiento cuajado en la proyección de lo eterno.

¡Admirable integridad cristiana, luminosa pureza que ya no volverá al mundo como perfil de una edad, como índice de una actitud cultural, como genuína expresión de una época! Fray Luis dá tono a su tiempo, porque es su producto natural. Esta correlación del alma mística y su marco social, ambiental, es uno de los problemas más acusados, pero hasta ahora latentes, de la historia de las evoluciones de la cultura humana. Y si la verdad que profesaban aquellos espíritus escogidos sigue incolumne, ¿porqué la carencia actual de tamaños intérpretes, es decir, de sus continuadores? Si se hubiera desvanecido el sentimiento religioso en el mundo se explicaría que cesara la aparición de los santos, de los grandes teólogos, de los espíritus místicos. Pero no es eso, y sin embargo, hoy el mundo no dá la floración excelsa de antaño. Es que el heroísmo del alma humana se ha aflojado extremadamente; es que la capacidad santificante, sublimadora, del alma humana, se ha agotado con aquellos prodigios únicos; es que el genio teológico ya lo ha dicho todo; todo lo que le es dable decir al hombre, de Dios. Pero, para la

consecuencia de su ser pródigo, que es su ejemplaridad, si subsisten sus obras como idea y como caridad, existen ellos idealmente, espiritualmente, que es existir inmortalmente. Y tanto es esto así que de la resurrección moderna, intelectual, de Luis de Granada, dan testimonio páginas como las nuestras, borrosas, frágiles, opacas, pero que recogen el eco del ansia universal por nutrirse en las grandezas de la verdad, y que son documentos palpitantes de humana fé, anhelantes de eterna gloria.

¿Eran acaso varones ingénuos que hoy, en la confrontación de los adelantos filosóficos desmerecieran en densidad científica? Todo lo contrario: su ciencia era la de Santo Tomás, la de San Agustín, la de San Jerónimo; la de Platón y Aristóteles; y estas resisten la sabiduría profana y moderna, que si no las acata, que sinó las venera, las respeta, como a gigantesco esfuerzo de la inteligencia del hombre, de la razón metodizada; pues no se olvide que el seráfico Doctor fué el mayor sistematizador que conoce la historia de las ideas. Los varones como Luis eran ingénuos pero con el sabor tradicional de las continuaciones cristianas; eran ingénuos porque eran puros, como lo fué Cristo y sus Apóstoles, cuya simplicidad sentimental anonadó siempre la sutileza mal-

sana de los doctores antiguos. Fray Luis era un ser suave, alado, delicado como un niño, luminoso como un ángel, levantado por la fuerza de sus substancias egregias a las inaccesibles esferas del prodigio genial, aunque sin despegar su superioridad de su misión consoladora que está instalada en la tierra, en su dolor congénito.

¿Qué significación tiene Luis e Granada en la literatura española y mundial? La de uno de los más grandes oradores sagrados de todos los tiempos; la del primero de ellos cronológicamente. La significación de un Bourdaloue, la de un Massillón, la de un Fenelón de España; la significación rotunda de un Bossuet castizo, de un Bossuet sin pompa. Porque el arte de Luis de Granada secundó sus votos: usó sayal y no púrpura como el águila de Meaux. Pero este sayal lo tejieron los ángeles.

¿Sus penitencias fueron inútiles, sus renunciaciones eran torpes, sus desgarramientos no dieron fruto? Aunque este heroísmo no tuviera eco en la divina equidad, que si lo tiene todo sacrificio y todo fervor humano, bastaría que elevaran sus almas por nosotros para que les debiéramos eterno amor, rendida

(1).—Según Azorín, Bossuet admiró mucho a Fray Luis de Graiada.

pleitesía. Nuestra sensual locura es la estéril, porque gasta nuestras naturalezas orgánica y espiritual; y como remisión de nuestra culpa —la original y la consumada—, se irguió gallardo el dolor de los santos, aceptado y heróico, como el holocausto solitario y anónimo del espíritu a las bestialidades malditas de la carne. Y su ejemplo supremo de edificación, de claridad de vida, de fervor místico y humano, de fecundidad intelectual, fué Fray Luis, que fué, hecho hombre, la sabiduría sencilla.

Los heridos por la vida tenemos que recogerlos en aquella alma consoladora. Los disidentes en más de una desviación confesional acudiremos a aquella gracia intacta que se abre a nuestra duda o a nuestra amargura para darnos la belleza de su palabra en la grandeza de su perdón.

¿Pero porque yo, sumido en todas las tentaciones y en todas las delectaciones de los sentidos, me atrevo a indagar en esas purezas heroicas? ¿Es un sentimiento de sacrilega curiosidad el que me mueve, o de expiación a mis faltas? ¿Es exclusivo fervor humanista, tarea de investigador, inquietud de psicólogo que aplica su análisis al fenómeno ignoto de almas lejanas y desmesuradas? ¿Es, en fin, el ansia de probar una delicia nueva en los contrastes

inauditos de aquellas naturalezas aparentemente apacibles pero encendidas en una terrible lucha con el mal; y en el contraste que presentan con nuestra sensibilidad, egoísta, débil, corrompida? Es todo esto, pero es también amor: amor a lo que se admira, a lo que excede nuestra posibilidad espiritual, a lo que nos supera y nos redime y nos salva de la condenación y de los desprecios cósmicos.

Fueron vidas, las místicas, de contento y de paz, porque carecieron de las torturas del vicio: de la ambición, de la lujuria, de los odios. Pero esas vidas sufrieron, por sí y por nosotros. Por ellas, porque aspirando a la perfección absoluta, las limitaciones de la naturaleza humana ponían melancolía en sus ánimas; sufrieron por nosotros, porque expiaron nuestras faltas, porque se erigieron en holocausto de nuestra redención. Y esta largueza de caridad la debemos corresponder con nuestro culto, ya que no podemos con nuestra virtud.

V

Existe una concomitancia muy bien perfilada entre la Orden de Santo Domingo de Guzmán y la de San Ignacio de Loyola. El progreso de ésta sobre aquélla no es más que un hábil viraje de la Iglesia en la política de los tiempos. No es una superación, es una adaptación. La Orden jesuítica es la modernización de las Ordenes medievales porque la sociedad actual no podría conducirse como la sociedad antigua. La conversión de las almas en la Edad Media tenía caracteres propios, y por tanto, distintos a los que se requieren en la evangelización contemporánea. Hoy, por ejemplo, no bastaría el influjo, momentáneo, rápido, aunque poderoso, de resultados definitivos, de la elocuencia sagrada para tal conversión, sino que es necesaria la acción docente. Así, de una Orden de predicadores se pasa a una Orden de educadores. Más teólogos los dominicos, aunque sabios en esta disciplina, los jesuítas son

más sabios en una connotación mundana, profana, de la palabra. Su sabiduría tiene un auténtico sentido mixto: el emocional racional. Son teólogos, pero no combaten exclusivamente al mal con argumentos escolásticos que son la esencia del sermón cotidiano o solemne, sino con medios tan sutiles pero más asequibles, más en consonancia con el espíritu dañado del mundo moderno. Los Jesuítas no rechazan la mundanidad lícita sino que la buscan como conducto de sus fecundas siembras cristianas. Son hombres de gusto, refinados, sociables, de una tersura de terciopelo, ondulantes, flexibles. Dominan, monopolizan los colegios, las universidades ilustres, y hasta los salones, a veces, donde saben que no hallarán el pecado sino la cortesanía, los centros recreativos de la juventud distinguida y adinerada de todos los países cultos. Su actitud es la de una elegancia severa, atenta, normativa, paternal. Elaboran la ciencia, publican tratados de todas las ramas de saber humano. También son los grandes oradores, poseedores de un estilo sóbrio, incisivo, directo. ¿Qué ha cambiado entonces? Ha cambiado aquel ascetismo duro, llevado a sus últimos grados de sacrificio, de los dominicos. ¿Quiere esto decir que los padres jesuítas vivan en la opulencia, en la sensualidad? Todo lo contrario: la renunciación de los hijos de Lo-

yola es igual a la de los hijos del glorioso Patriarca Santo Domingo, pero la severidad de aquellos es una severidad acomodada a la naturaleza de los tiempos, al carácter de una Orden que tiene que revestirse de elegancia y de dignidad humana para penetrar en el seno de la sociedad dirigente y dominarla. Dominarla para perfeccionarla en Cristo.

Fueron españoles los dos fundadores. Tuviron el mismo espíritu batallador y ardiente de la raza, que como un molde escueto fraguó sus místicos heroísmos. El caudal filosófico en que nutren sus normas, sus estudios, es el método tomista. Ambas insignes Ordenes monásticas, son, pues, de esencia intelectual, y en esto se identifican; la una, dijimos, recoge la tradición de la otra; pero se diferencian en los procedimientos de su propagación religiosa, amoldada a las diversas épocas en que han actuado brillantemente.

Tiene, pues, un hondo sentido, el que haya sido un jesuíta el que felicitó a Fray Luis de Granada de que no hubiere aceptado un Arzobispado ofrecido con vehemencia por una santa reina lusitana; y un sentido no menos penetrante el que tantos dominicos ilustres quisieran ser enterrados en conventos o templos de la Compañía; y el que los libros de Fray Luis hayan sido sorbidos, con fruición y delei-

te fraterno, por los sutiles padres de la Compañía de Jesús. Fué notorio el acato que ellos demostraron a la producción del dominico de Granada. Y es que tenían un doble vínculo de hermandad mística: propagaban a Cristo pero lo propagaban con los sistemas de la inteligencia. La Verdad Eterna la extendían con el esplendor del genio del hombre que es el genio de Dios revelado. Hacían sucederse, secundarse a los milagros. Los dominicos apelaron a la elocuencia, los jesuítas a la ciencia. Los unos hicieron ilustre el púlpito, los otros, la cátedra. Por eso, si alguna vez se escribiese un buen libro sobre Luis de Granada, dominico, es seguro que será un padre jesuíta —entre los que destacan investigadores, eruditos, historiógrafos—, el que emprenda esta bella proeza vindicativa de tamaña gloria, que no le será difícil porque cuenta con la comunidad ideal que existe en las Constituciones religiosas de sus famosos institutos.

Los dominicanos y los jesuítas fueron y son grandes arquitectos sociales. Su caridad es muy comprensiva porque proviene de seres inteligentes, profundamente cultivados, conocedores minuciosos y generosos de la vida. Su tolerancia es de auténtica solera cristiana. Aplican esta noción de caridad al encauzamiento juvenil, al atisbo de su instinto en flor, de

su naturaleza profunda e insinuante. Por eso no malogran la juventud sino que la vigorizan. Su regla educadora tiene toda la tersura de una invitación y no la aspereza de un mandato; aunque esta sutileza del método no excluya la imperativa energía domadora.

Ambas Ordenes religiosas dieron grandes estadistas, que enmarcados en su oficio monástico, no adquirieron renombre mundano, pero que practicaron todas las habilidades del cargo, como Fray Bartolomé de los Mártires, como nos lo cuenta la pluma ágil y emocionada de su amigo, Fray Luis, y como el ascético y apostólico Juan de Avila, según la historia del propio Fray Luis. La disciplina conventual privó a muchos varones meritísimos, casi geniales en las artes mundanas de la gobernación, de una oportunidad de repetir y aun superar a consejeros insignes que ornan la Historia, como Richelieu, Mazarino y Cisneros.



La Edad Media no fué únicamente una época de quietismo, aunque hay que explicarse la naturaleza intelectual de su activismo. Este fué de cariz religioso, evangélico. Las guerras de las postrimerías medievales fueron guerras santas. Igual las de la Reconquista de España, contra los árabes, que las de la Conquista

de América, contra los indígenas infieles; e igual muchas otras, anteriores, que ensangrentaron el suelo de Europa tras un ideal de fé.

Pero aun el quietismo medieval debe analizarse con tino. Era "quietismo" visto a través de lo exterior y de lo objetivo, pero no desde las perspectivas del espíritu. Era, pues, un quietismo fecundo, trascendental, una fiesta del alma. Tales tiempos pueden justificar floraciones espirituales e intelectuales como la humana floración de Fray Luis de Granada: la concentración potente, el adentramiento inaudito a las raíces psíquicas, con todo su lúcida y a veces obscura elaboración de conceptos y verdaderas ultrahumanas. La tensión de un alma así, era la lógica consecuencia de una época rígida, quieta, macerada, y en su quietud, fecunda, enérgica y esperanzosa, que pudo cuajar las más gigantescas y atrevidas concepciones arquitectónicas y las metodizaciones filosóficas más pasmosas como la del seráfico Doctor. Y, precisamente, hay una concordancia entre las magnificencias del estilo oratorio de los frailes herederos del ardor medieval, y los monumentos típicamente de esa Edad magnífica. La magnificencia de la elocuencia de Fray Luis es como la de una catedral gótica. Pero acaso su símbolo exacto, no para su genio, sino para su alma, para lo personal y hu-

mano de él, no sea una severa catedral cristiana, suntuosa y añeja, sino una ermita humilde, solitaria en la inmensidad del mundo, del mundo siempre hostil o indiferente a las luchas y a las glorias del Espíritu, de las cuales, sin embargo, recibe el don de elevación y dignidad.



VI

Entre los más grandes pintores de España y del Mundo están el Greco, pintor de lo ascético, Velázquez, pintor de lo cortesano, Goya, pintor de lo popular. Y aunque la humanidad que pintó Velázquez estuviera tan divinizada como la beatitud que pintó el Greco, los diferencia la exclusividad, para el cretense, del don de lo místico. Porque no es lo mismo captar lo divino, pintar lo religioso, que hundirse en la contemplación mística, que fué esto lo que acaeció en Theotocopuli. Este elemento divinizante de lo humano, extractor de las últimas esencias, que asistió a Velázquez, humorista como quiere Cossío, pero de una profundidad insondable, y esta facultad para lo místico, como acontece en el Greco, ambas actitudes como específicas del espíritu español, es uno de los temas más frondosos y vírgenes de la Cultura contemporánea.

A través de sus grandes críticos, dignos del

supremo pintor sombrío, —del Greco—, se palpará el proceso creador de éste. Nociones fundamentales sobre su técnica y sobre la trayectoria íntima de su genio alucinado, se verán en la obra de Don Manuel B. Cossío, el español más conocedor del Greco, según el Dr. Marañón. Y nociones henchidas de fervor comprensivo sobre las originalidades castizas del gran pintor que nutrió su orientalismo, común al Greco y a España, y principalmente a Toledo, estas nociones matrices, elocuentemente expuestas, afluyen en Marañón al evocarnos el sentido misterioso y realista y místico del Greco. También René Schwob, en su libro incitante: “Profundidades de España”, dedica su atención entrañable, esenciada, a las resonancias filosóficas de esa honda e inquietante pintura; y coincide, en la referencia del orientalismo del artista misterioso y errante, con lo apuntado por el Dr. Marañón en su visión mencionada.

Los pintores renacentistas pintaron en el gran santo de Aquino al fenómeno del genio teológico, del genio creador, pero no del genio místico, que es genio creador pero a la vez revelacional. Quien pintó al fenómeno del genio místico fué el Greco. Y es que los pintores italianos trataron el pretexto religioso como un modelo de serenidad que tenía tanto de pagana, ya que el Renacimiento era el entronque

del clasicismo, y en cambio, Theotocopuli, de raíz oriental, pudo captar de su visión recóndita el secreto inefable del fenómeno místico. Apoyemos nuestros conceptos en dos citas extraordinarias. Dice René Schwob: "Estos personajes estan llenos de serenidad, pero no a la manera pagana, descuidada y sensual; les invade un gozo austero y grave. Ofrecen el mismo espectáculo de aspiración a la muerte, de espera dichosa e impaciente, que se lee en el rostro de los "Apóstoles" del Greco. Y añade: "Mezcla de ardor, de paz, y espera en la muerte: tal es el catolicismo y tal su pintor". Y a su vez, Chesterton dice: "Las pinturas en aquella gran tradición (el Renacimiento italiano) están generalmente llenas de pequeños detalles que revelan una imaginación poderosa. Me refiero a la especie de imaginación de la que Ruskin observó"... (en un cuadro del Tintoretto)...

Así, pues, mientras el pintor italiano, religioso y pagano, en una mixtura genial cuyo tipo excelso sería el sereno Rafael, pintor también de Santo Tomás en "La Disputa del Sacramento"; mientras el artista renacentista tiene por característica estar lleno de "pequeños detalles", el pintor místico, como el Greco, asume una integridad ideal en sus figuras patéticas, porque toda su técnica es intención, asunto místico, idea que trasciende.

Pretendemos, con estas meditaciones, refor-

zar objetivamente, plásticamente, nuestro argumento fundamental de la distinción entre Teología y Mística Teología, por cuanto en su diferencia racional estriba la originalidad del fenómeno místico español respecto de las demás manifestaciones del espíritu religioso y del genio teológico universal. El punto de arranque es la mentalidad de Santo Tomás comparada con la de los místicos españoles, que es completamente distinta.

“Hay la abstracción del contemplativo —escribe Chesterton hablándonos de los retratos de Santo Tomás de Aquino—, ya sea el verdadero contemplativo cristiano que contempla algo, ya sea el falso contemplativo oriental que contempla la nada. Evidentemente Santo Tomás no fué un místico budista; pero tampoco creo que sus momentos de abstracción eran precisamente los de un místico cristiano. Si tuvo trances de verdadero misticismo cristiano, tenía muy buen cuidado de que no le acaecieran en las mesas de comer. Yo creo que tenía esa especie de acceso meditativo que realmente pertenece al hombre práctico más bien que al completamente místico. El usa la distinción admitida entre la vida activa y la contemplativa; más en los casos a que aquí nos referimos, yo creo que su vida era activa. No tenía nada que ver con su vida más elevada, en el sentido de santidad última”.

He aquí el contorno de un tema: el fenómeno místico como fenómeno genial y como fenómeno castizo. Es genial porque es castizo, es decir, porque abarca todas las raíces de la superioridad racial, cuyo jugo conjuga en el proceso de la historia; a través de las mezclas demográficas y de las depuraciones seculares del sentimiento genuino. Y es castizo porque responde a las más concentradas sensibilidades del espíritu español. La diferencia, repitamos, de lo propiamente teológico, cuyo símbolo egregio es Tomás de Aquino, y lo místico, cuyo símbolo es Luis de Granada, se puede ver desde estos ángulos de la doble expresión del misticismo patrio; el verbo, la elocuencia, la ciencia, y la pintura, coincidiendo en sus modos reveladores, afirmativos, eternos.

La esencia del Greco está en su orientalismo, porque a través de éste concibió su pintura, que fué un alarde místico. El Greco encuentra el alma enigmática de España, no sólo en un aspecto, no sólo en un momento de su historia, sino en todos sus aspectos innumerables y en todas sus épocas épicas, porque la busca en su mística, que es como su entraña sensitiva e intelectual. Por eso existe la concordancia entre este soberano pintor simbólico y los frailes místicos del tipo de Fray Luis de Granada. Para su elocuencia incomparable como para sus actos cotidianos dirigidos a la santificación

de su alma bendita, para todo su pensamiento poliforme y para toda su vida ascética, los cuerpos no serán más que las sombras de las almas, y las almas serán las llamas que deben arder en la suprema aspiración de Dios. Los frailes místicos como Fray Luis buscaban las asperezas, las soledades, los silencios, y en este marco propicio se elaboraba su vida interna, esplendorosa, inefable, heroica. El panorama del mundo mutilaría la infinitud espiritual: el mundo del alma requería del paisaje de Dios. Esas almas místicas se convertían en sombras del mundo pero porque eran esencias de Dios.

Cuando esos frailes místicos renuncian arzobispados, se entierran en monasterios inhospitos, a los que ni siquiera llega un eco del mundo, son como sombras, pero sombras que sienten, sombras que piensan; cuando realizan su extraordinaria misión fecunda de amor y edificación entre los hombres, cuando condenan la concupiscencia de los propios dignatarios y la dureza congénita de los poderosos, cuando profieren estas palabras de santo alborozo, ingenuas y fuertes, al borde del camino que les conduce a los Concilios, "que quieren darse un hartazgo de fraile", por lo que dan preferencia a la posada miserable del burgo solitario; cuando se consumen en humildad, y en caridad, y en penitencia, son como llamas, como el fuego de Dios.

Y así pintaba el Greco, así pintaba en espirales de frenesí el ansia ascensional de sus figuras, alargadas, torturadas, enigmáticas. Así pintaba, "no cuerpos, sino imágenes", ha dicho su crítico.

René Schwob reencuentra las substancias raciales en las concepciones trémulas y abrasadas del cretense. Torna a hablar este autor: "Pues en esta observación justa (de que "todos esos son reyes", que se dijo frente a un cuadro del Greco), se señala marcadamente el carácter español del Greco. En esta tierra, se da el caso de que los mismos campesinos parecen de extracción principesca. No es la nobleza del español la antigua nobleza compuesta de un colmo de satisfacciones; es una nobleza de alma a la que los antiguos nunca se acercaron, nobleza capaz de ser lo mismo israelita que islama. El Greco es español en la medida en que España es de Oriente".

Esta es la tesis sustentada por Marañón. El cuál coincide con D. Manuel B. Cossio al establecer el paralelo esencial entre el cretense y los místicos ibéricos. (1) Cossio omite a Fray

(1).—El iberismo, o sea la doctrina de la unidad peninsular, la anticipó y plasmó, sin quererlo, Fray Luis de Granada, no tan sólo por su permanencia dilatada en tierras lusitanas, sino por el admirable don que le asistió de captarse el alma portuguesa y recíprocamente, de vaciar la suya allí. Es que Fray Luis

Luis de Granada en su enumeración de los estímulos ideales del Greco, pero acaso por una razón material, espacial, de cronología, ya que el autor de "Guía de Pecadores" y de la historia de Juan de Avila, estuvo ausente gran parte de su vida, de España, aunque radicó en Portugal, que entonces participaba más que ahora, idealmente, de idéntico sentido castizo que Castilla.

Oigámos la prosa, fijada académicamente en un ritmo difícil pero acabado, de Manuel B. Cossio al decirnos sus impresiones íntimas del recóndito pintor de Toledo: "El idealista y, más que evangélico, apocalíptico humanismo, con que debió nutrirse el Greco en Italia, idealismo que traspira además de sus primeras obras, así como en las escasas noticias de sus contemporáneos, dejóse penetrar rápidamente, al llegar a Castilla, por aquel otro humanismo nacional, más horaciano, apacible y familiar, de Fray Luis de León, y por el típico misticismo español: el del maestro Juan de Avila, del de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, ardoroso, sutil e intelectualista, de un lado, y de otro,

era un ibero auténtico por la lejanía y hondura de su genio y por la superación de todo provincialismo raquí-tico. Para esta universalidad ibérica estaba preparada la beatitud de su espíritu, con su caridad, con su simpatía humana, con su sentido de la patria infinita, común.

contemplativo, recogido; con la idealista intimidad en sus asuntos, de un cuadro de género, y la constante preocupación del premio y del castigo ultraterrenos. Y esta nueva nota, nacida de la asimilación por el Greco de una mística a la vez naturalista y ascética, unida a los anteriores caracteres, completa el fondo esencial del "Entierro", y aquilata su valor, como acertada imagen, producto, no diré si más espontáneo o más reflexivo, del espíritu del tiempo y de la raza". ("El Entierro del Conde de Orgaz", por Manuel B. Cossio").

Este misticismo originario inspira al misticismo histórico. Se le adentra por virtud de innatas afinidades.

"Creta era Oriente y Toledo también", dice Marañón, añadiendo: "Yo creo que el Greco fué tan popular en España, porque era un pintor lleno de sentimiento oriental, cristiano de Judea. Nació y aprendió su arte en Creta, una de las islas del archipiélago griego, pero, precisamente, la que Homero llamó "la isla vuelta hacia el Oriente". Es, en efecto, Creta una isla oriental. La misma Everts nos dice, certeramente, que entre las razas innumerables que poblaban la isla, "había una que dejó huella imborrable en el pintor: la raza que no tiene edad, porque ningún cuidado la turba ni ninguna fuerza la traiciona: la raza judía".

Hoy sí la turba un gran cuidado: la persecución racista. El Greco, fué, pues, judío. Con este judaísmo proyectado a las creaciones inmortales del espíritu, que han renovado tantos representativos modernos, que hoy, decimos, sufren ultraje a su espíritu. Porque esta guerra racista es guerra contra Dios, creador de todos los hombres y perdonador de sus yerros. "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" dijo en el holocausto el gran victimado. Y nos interesa subrayar la parte de judaísmo —savia útil—, como entidad espiritual, creadora y eterna, de la raza hispánica, ahora que las complicaciones internacionales posibles y ya insinuadas trágicamente, ponen en pugna el concepto de la pureza y de la unidad racial con el concepto agresivo de la eliminación judaica. Una vieja raza nutrida de corrientes primitivas que movieron el alma del mundo, no puede sacudirse alegremente de los soportes étnicos, que es la corteza y al par la raíz de su historia.

"En los años en que el Greco vivió en Toledo, era aún la imperial ciudad un centro importante de la vida intelectual española. Había comenzado la decadencia de la que fué antigua Corte, desde el traslado de los reyes a Madrid. Más persistía un intenso fervor espiritual en esta urbe, que fué encrucijada insig-

ne de las culturas orientales y europeas y, después, asiento de uno de los focos más puros del pensamiento y de la emoción españoles”, ha escrito Marañón, y ha agregado siempre en elocuencia: “Toledo es Judea, con su misma eternidad detenida”. “Por eso fué el Greco, con su Oriente dentro del alma, en busca del Oriente, a reposar su inquietud y a fructificar su genio en la ciudad de las Iglesias de Cristo edificadas sobre Sinagogas”.

Y como D. Manuel B. Cossio que compara la pintura del Greco al pensamiento del místico, Marañón, evocador artista de su sortilegio, se expresa de este modo: “Mas es cierto que nada se parece a la emoción que producen los cuadros del Greco como la que produce la lectura de los místicos. Idéntica angustia en el deseo de estirar, de alargar los gestos expresivos hasta las fronteras de la arbitrariedad, para tratar de decir lo que no puede decirse; idéntica sinfonía de sombras desmesuradas en una celeste penumbra; idéntica aptitud prodigiosa para no confundir el tiempo con la eternidad; el mismo sabor de goce amargo; la misma dulce pena en el alma; la misma sensación de perfección en lo inacabado, porque lo que no es humano ya se sabe que no tiene fin. A mi, al menos, nada me recuerda la contemplación del “San Mauricio” o de la “Resurrección” del

Museo del Prado, como a la lectura de algunas páginas de Santa Teresa o de Fray Luis de León, hijo de conversos y lleno también de resonancias orientales”.

Mística naturalista y ascética fué la de Fray Luis de Granada y fué la de la pintura del Greco. Ambas, pues, “ese perenne castizo naturalismo hondamente penetrado de idealidad”...

El arte del Greco no es helenismo puro; su tendencia hagiográfica, ortodoxa, no es ardid defensivo contra la amenaza cruel de la Santa Inquisición: tal interpretación es ficticia, pues la esencia artística del Greco responde a un cruzamiento de profundas corrientes étnicas en el que el judaísmo cretense vertió su óleo sagrado, no sólo el del color, sino el de la intuición.

Como tampoco débese encuadrar el fenómeno sugestivo del Quijote, fenómeno cauto, aunque inquieto e irónico, como un sólo esquivar de la reacción amenazante de Contrareforma, sino como el esencial matiz de la cultura humanista de Cervantes, cultura renacentista, precursora, excéptica, ingeniosa y artísticamente sutil en el príncipe de los ingenios españoles y humanos.

Léase la vida de Fray Bartolomé de los Mártires por Fray Luis de Granada, y compárase a San Bernardino, del Greco. Ambos tie-

nen las proporciones colosales. Bajo ambos se tiende, diminuta, la ciudad borrosa y las mitras en tierra que simbolizan la dignidad pastoral, inferior al espíritu gigante de los santos. Repásense las estructuras de los personajes que hace desfilar Fray Luis en sus dos historias, y compárense a las figuras alargadas, escuetas, elementales en apariencia pero saturadas de espíritu, del Greco. Los personajes de Fray Luis son cortesanos y son reyes, son hidalgos y son frailes acerados, consumidos por la maceración y el pensar ultrahumano. Ambos artistas, de la pluma y de la paleta, historiaron la raza, no sólo en un episodio de su sér, sino en su perennidad, porque la sondearon en su idealidad más íntima, en el misticismo encarnado. La misma sencillez —que es, dijo Balzac, del Kempis, el carácter de la fuerza— de los temas de Fray Luis que en los temas del Greco; la misma expresividad múltiple de los gestos pasmados; hasta vemos, en las criaturas de Fray Luis, como el beato Juan de Avila, idéntica ascensión incorpórea que en los retratos del Greco, y al par, la misma capacidad de asentamiento terrestre, de atadura humana, con sus manos discursivas, implorantes, dictando su epistolario, imitador del de San Pablo, para almas regias como para almas plebeyas.

Tiene un profundo sentido el que sea Fray Luis el que componga la mejor historia de la vida de Juan de Avila, considerado éste, con Santa Teresa, como el representativo del misticismo castellano. Fray Luis de Granada y Juan de Avila no sólo fueron hermanos en Cristo, sino amigos entrañables, compenetrados por la identidad de sus sensibilidades y sus miras santas. Y es en las cartas que escribió, copiosas y ejemplares de unción y de estilo, Juan de Avila, donde le capta soberanamente patético y real su magno historiador. Porque en su epistolario ascético se escapaba la interna emoción aromada por toda una existencia de meditación y de sacrificio: la emoción de amor hacia los hombres como criaturas de Dios. Fué, pues, en sus epístolas, Juan de Avila, al decir de Fray Luis, tan admirable como en sus sermones, y en estos fué un iluminado maestro.

La misma simplificación de gamas, de colores, que en la paleta misteriosa del Greco, se da en el verbo de Juan de Avila. La simplificación de palabras en su discurso es uno de los rasgos más preponderantes de la psicología del misticismo, del místico castellano. "Más en un tiempo determinando ser más breve en los sermones, (Juan de Avila) me decía (escribe Luis de Granada), que estudiaba más para eso. (Para ser cada vez más breve). En lo cual en-

tenderemos que eran tantas las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrecía, que tenía necesidad de más estudio, no para hallar que decir, sino para acortar lo que se le ofrecía que decir”.

Lo que se acaba de describir de la fisonomía de Avila se debe trasladar a la figura de Luis. Y esta efigie espiritual está tallada en la del Greco. “Porque del espíritu de este Padre (Avila) se escribió que es “Unicus et múltiple”. Esto es, que con ser sencillo, es múltiple; porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza”. Se colegirá de esta penetración luminosa del de Avila, que fué gran amador, admirador e imitador del ardiente Apóstol de Tarso que volcó en sus epístolas lo más elocuente de su genio. (1).

(1).—Juan de Avila fué discípulo del glorioso Domingo de Soto. “Ido a Alcalá — nos cuenta Fray Luis de Granada — comenzó a estudiar las Artes, y fué su Maestro en ellas el Padre Fray Domingo de Soto: el cual vista la delicadeza de su ingenio, acompañada con mucha virtud, lo amaba mucho”...

Del glorioso maestro, de Soto, dice Don Juan Valeda, que él, como todos nuestros grandes teólogos dogmáticos, habían sido más liberales que los liberales racionalistas del día, pues afirman la soberanía del pueblo por derecho divino; porque, si el poder viene de Dios, según San Pablo, es por medio del pueblo, a quien Dios inspira para que le funde; y porque no hay poder de origen divino inmediato sino el de la Iglesia”. (Prólogo para la edición en inglés Appletón. Colección “Clásicos Castellanos”. Juan Varela, edición y prólogo de Manuel Azaña, Madrid. Espasa — Calpe, 1933).

Es la pureza y sutileza del espíritu, que guió el pincel del cretense. Es la pureza y sutileza del espíritu que guió y movió la lengua arrebatada del predicador Fray Luis. La misma exaltación ante la posibilidad milagrosa del pintor y del escritor cuando éste escribe en su historia de Juan de Avila, tratando de la notabilidad de sus cartas: “Lo cual dice (David), porque así él como los otros profetas (que escribían inspirados por el Espíritu Santo no estaban deliberando ni pensando las palabras; sino como órganos suyos abrían su boca, y él meneaba la lengua como le placía. Lo cual en su manera vemos en este siervo de Dios; pues así le corría la vena de lo que había de escribir, con la facilidad que está dicho. “(Juan de Avila no borraba ni enmendaba palabra de sus cartas, por carecer de tiempo para ello. Esta fluidez encantadora fascina a Fray Luis, quien descubre en ella un vestigio divino. Como “salía de la primera mano, las enviaba”, nos enteramos Fray Luis de Granada).

“En las cuales cartas (de Avila) se debe también notar que como muchas de ellas se escribían a grandes señores, y otras a otros medianos; también hay otras escritas muy de propósito a personas bajas: a las cuales con la misma caridad escribía él muy largo y muy de propósito, según que la necesidad lo pedía; reconociendo con el Apóstol que era deudor a sa-

bios e ignorantes. Y siendo condición natural de los hombres avisados y discretos, holgar de hablar con otros tales, y no con personas bajas y de groseros entendimientos; este siervo de Dios tan de propósito y tan largo escribía a estos como a los discretos y grandes señores, como persona que no miraba en los hombres mas que a solo Cristo que los redimió con su sangre: de donde les viene la verdadera nobleza; en cuya comparación toda otra nobleza es nada”.

Y maravillaba a Fray Luis que Juan de Avila no solo tuviera esta “facultad y gracia en la materia de las cosas espirituales”, “de la cual tenia experiencia”, “sino también en las que pertenecian al buen gobierno de una República Cristiana”. Se perfila el mixto sentido de lo castizo: naturalismo e idealismo; su trabazón armoniosa cuya consecuencia última y egregia es la mística.

Las inspiraciones expresivas, sus aciertos, tanto en el escritor como en el pintor (Luis y el Greco), han de ser un secreto recóndito, del que solo atisbamos una faz. Por eso Fray Luis se admira y trata de escarbar los orígenes de la elevación dialéctica. Refiérese a la alteza de los conceptos que tenía Juan de Avila acerca de las virtudes y de todas las cosas espirituales. “Por donde un insigne teólogo que habia leído algo de sus obras, se maravillaba de

ver cuan bien habia entendido este varón de Dios el negocio de la Cristiandad. Y pensando yo en la causa de esto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del común de los otros hombres virtuosos, necesariamente ha de tener los conceptos de las virtudes y de las cosas divinas más altos que ellos; porque haya proporción y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden: como la que hay entre la imagen que dibuja el pintor, y la forma que él tiene concebida en su entendimiento: porque de esta interior (como de causa formal) procede la figura exterior que él dibujó”.

¡Penetración profana en el mundo de las intuiciones artísticas! Sabiduría infusa del escritor místico bordando las técnicas pictóricas del más místico de los pintores de Dios! (1).

Vamos a dar fin a este libro sobre el venerable Padre Maestro, Luis Sarria, en el lenguaje del Mundo, Fray Luis, para el historial perenne de la Iglesia. Hasta la consumación de los siglos pervivirá este nombre de claridad, de emoción intelectual y cordial, de belleza, este

(1).—El epistolario ascético del beato Juan de Avila se ha reproducido, en moderna edición, en nuestros días. Esta selección del espontáneo y recio decir castellano corresponde en importancia a la publicación —selección de sus obras— de “Guía de Pecadores”, del padre Granada, que es una obra cumbre de la mística española y universal.

hombre de Espíritu, esta alma beatífica y humana a la vez. Ningún lector, por agnóstico que presuma ser, se eximirá de vibrar, si se asoma a esta fuente placida, al conjuro de su ciencia admirable, pero más ante su virtud perfecta. Fué un dechado de amor. Por eso acogerá solícito, el universal lector que se incline ante estas páginas vindicativas de tamaña gloria olvidada, no sólo lo que tiene de profundo para el arte y para la ciencia de la vida esta naturaleza inefable de Fray Luis, sino lo que representa de esencial y eterno en una verificación del espíritu de nuestra raza. Emoción también de españolismo deberá regir el propósito de todo aquel que lea nuestra trémula y apasionada escritura sobre la vida invicta del santo varón predicador. Fray Luis de Granada fué el Predicador de las gentes. Fué el San Pablo del púlpito español.

* * *

No debe tomarse negativamente la frase de Mr. Bell sobre Fray Luis de Granada, de "que despreciaba las cosas de la tierra". En cierto sentido trascendente, sí las relegaba como las despreciaba el Greco cuando llamó maravillosamente avizor a Miguel Angel, el titán, "un pobre hombre que no sabia pintar". Por-

que la pintura de Miguel Angel era la de la tierra, y la que obsesionaba a Theotocópuli era la mística, que si tiene una raíz abajo es toda ascensión y eternidad.

Fray Luis escribía el mismo tema de sus sermones en latín y en romance. Le daba su lugar, su jerarquía, a ambas lenguas queridas. Y su estilo fué llano, natural, aunque por esto, hondo. Fué Fray Luis inaccesible, no en su forma, sino en su fondo, porque era el fondo de la Eterna Verdad, de lo divinal. Pero ser, en ello, inaccesible, no es ser pedantesco sino sublime. Esta complejidad, expresión de los sentidos ignotos, como la de los lienzos del Greco, en todo caso produciría al espíritu que la juzgase la intensa sensación de sorpresa. Precisamente la misma que produce, según Cossio, el cuadro más famoso y más hermoso de Theotocopuli: "El Entierro del Conde de Orgaz", y que es, para su crítico, "la más substancial y penetrante página de la pintura española".

* * *

La misma visión casta en el Greco que en los místicos. Por eso el cretense no se solazó en pintar la mujer, que es la suprema y poética expresión de la carne. Fué el pintor del es-

píritu, y por eso pintó al hombre, pero a una categoría de hombres, los que presentaban la huella torturante de los ardores del espíritu: los raros seres ascéticos. Cuando tomó el Greco por modelo a la mujer, la despersonalizó de sus gracias específicas; fué para pintar las figuras angélicas; y aun entónces, o por ello mismo, a un extraño tipo de ella. Como cuando se inspiró en los locos para pintar los Apóstoles — es decir, la forma venerable que poseerían algunos enajenados, barbados, silentes, graves, — fué únicamente la cobertura lo que interesó al agudo pintor de los mundos incógnitos. No veía, no quería ver, el espíritu de los modelos, porque él lo dotaba a sus criaturas artísticas, lo descubría misteriosa y certeramente; y porque tal vez pensaría que es difícil encontrar el espíritu en algunas mujeres y es absurdo buscarlo en los orates.

“Las mujeres predilectas del Greco, —dice Marañón— eran las mujeres asténicas, alargadas, de las encontró abundante material en Toledo. Por las calles de la antigua judería se ven pasar, aun hoy, esas muchachas pálidas, delgadas, de cabeza fina y largas piernas, de una inelegante inarmonia, que el cinematógrafo ha vuelto a poner de moda”.

Pero hoy, entre los rescoldos de la tragedia española, cuyo viento huracanado, que no se

amortigua, lanza como aristas a los seres caídos por su furia, a estos parajes de América, esas vírgenes asténicas, de bellos ojos claros, nos estan repitiendo, sin musitar palabra, que son modelos de Goya, que aunque brutal, fué humano, y aunque sangrante, fué muy castizo. Y son sus modelos simbólicos porque esas vírgenes pálidas, concentradas, tienen espíritu, un espíritu heróico, abnegado, el que urgió España para la gesta madrileña contra Napoleón. No deben ser pretexto, cobertura, artificio técnico, para las idealizaciones estupendas del Greco, sino alma viva, palpitante, eterna, del pueblo, extractos deliciosos del genio español, floraciones gallardas de la raza, su símbolo pleno. Mujeres de tragedia, pasean el heroísmo de su disimulo bajo la palidez melancólica de sus rostros afinados en cien generaciones de mezclas orientales.

VII

Ilustrando las obras de Fray Luis de Granada se publicó un grabado de su anciana efigie, copia de un cuadro original sobre los últimos años del predicador. Posiblemente se tomó de la persona viva del gran fraile. Los rasgos de ese grabado concuerdan con la descripción que hace del buen Luis el cronista remoto, Luis Muñoz.

Era Fray Luis de estatura más que mediana, "mas de majestad". Era, pues, esbelto, aunque en su senectud haya encorbado, que esto es de suponerse. Los ochenta y cuatro no son peso frágil para que no doblen la encina más robusta. Era corpulento en proporción. Su rostro era apacible, con una apacibilidad angelica como es de imaginarse en espíritu tan puro. Tenía "la carne muelle, delicada y colorida". Esta modalidad somática será explicada por su vida higiénica, de absoluta abstinencia sexual. Su vigor físico fué tal que resistió, y aun venció, a la mortificación constante de las extremas penitencias. Es bien sabida su fru-

galidad conmovedora: de los pobres pepinos que comía, solo chupaba los extremos, que eran lo más amargo. Los ojos los tenía "algo encogidos, más alegres y modestos, puestos continuamente en la tierra". Alegres, sí, porque la virtud no excluye la alegría, sino que la fomenta y enciende, porque la alegría es paz interna que irradia en los gestos sonrientes; modestos, porque en la mirada está el peligro del pecado y la modestia era el baluarte contra las curiosidades desacordadas; en fin, los tenía puestos siempre en tierra porque su actitud cumplía su misión beatífica: la de iniciar a la tierra en la causa de Dios. La frente era espaciosa y serena como convenia a un pensador y a un autor místico: porque hay mentes sombrías y estrechas en las que asoma la tortura de los pensamientos tempestuosos o insanos, y hay mentes de paz perpetua como la de Fray Luis de Granada. Los dientes blancos y en buen orden. "La boca de medida": esto es, no grande, sino fina, sutil, como hecha para decir las cosas suaves de Dios, las frases cordiales, elocuentes, las diáfanas palabras esenciales. El pelo lo tuvo en un tiempo algo rubio, aunque muy pronto blanqueó. "La cabeza gruesa, algún tanto calva".

Una característica física de Luis de Granada, notable y significativa en una reconstrucción de su carácter, fué la nariz, por haberla

tenido aguileña y algo crecida. Esta facción era muy estimada de los persas, pues era señal señorial y regia. Y conturba que si el rasgo aguileño es signo de instintos ásperos, dominadores y rapaces en casi todos los hombres, en Fray Luis lo haya sido de bondad y de fuerza serena.

De sus cualidades de tipo mixto, psicológico, en que interviene tanto el cuerpo como el ánima, se contó de él, "que era dulcísimo en la conversación, y amigo de todos". Lleno de pensamientos celestiales, disimulaba el tenerlos porque, luciéndolos, sería en él vanagloria. Este era el hombre. Del angel, que habia en él, no escondido sino manifiesto, ya hablamos y hablaremos a lo largo de esta historia. Fué un ángel de pasión.

Consecuencia de su santidad sería su simplicidad, su carencia de malicia. Llegó en esto al extremo... Creía a los mayores malvados por el solo hecho de que le decian ser inocentes, no pudiendo dudar de la sinuosa palabra. Creyó en la arteria, de relieves patológicos por la habilidad de las mañas, de aquella famosa monja de Portugal, en que se exhibió rotundamente toda la astucia femenina. Como Santo Tomás, cuya confesión a los cincuenta años, al morir, fué la de un niño de cinco, así Fray Luis tenia la ingenuidad y el candor de un infante de dos años.

Se resistía a dudar de la ajena palabra porque se resistía a aceptar que la criatura humana se degradase, ya que es hecha a imagen y semejanza de Dios.

* * *

Pero Fray Luis de Granada va a morir. Ya era tiempo. Cuenta ochenta y cuatro años. Lleva sobre sus hombros de titan enclaustrado una obra de escritor, de predicador, de reformador. Ha resistido a todo trabajo humano, a toda penitencia de anacoreta, a todo sacrificio posible, pero no resistirá a la muerte, que para él no es la muerte sino la continuación de su intensa vida espiritual.

Murió lleno de días, en vejez buena, como dice la Escritura de los Santos.

Su senectud, con el inexorable desenlace de los ciclos vitales, los achaques provocados por la avanzada edad y por el agobio de una existencia ascética, laboriosa hasta el límite: todo ello trajo su muerte, que acongojó a las estrellas y a los ángeles, que hizo llorar a las montañas y conturbó a la naturaleza porque era como un castigo de la Gracia. Era la extinción del justo.

Pero en un espíritu sensible como el suyo habría de contribuir a ella una noticia penosa que conmovió la más honda raíz de su ser simplísimo: la muerte prematura de Juana de Por-

tugal, la princesa casta y hermosa que se ofendió a Dios. Y de la cual se dijo, que era tan bella, que uno de los reyes que la solicitaban por esposa, ante su retrato, se arrodilló bendiciendo la magnificencia de Dios que dota de tanta perfección a sus criaturas.

Esta pena dramática del anciano admirador de la gentil princesa consagrada al Señor, ha de estudiarse de este modo: al verla morir tan moza, pensaría Fray Luis que, aunque volaba su alma al Cielo, en la tierra pudo aun continuar su mirífico ejemplo. Pero ante los designios de Dios el fraile bendito puso término a su cuita y oró resignado. Pero como era hombre, naturaleza orgánica, sér sensible, sintió como una herida la desaparición de aquella promesa de edificaciones. Fray Luis tenía gratitud y acato a la familia real portuguesa, que en la reina Catalina le dió un protector y un círculo comprensivo y estimulante. Pero veía, con su agudeza de psicólogo profesional, de catador de almas, que aquella princesa niña era ciertamente un caso prodigioso. La contemplaba como al alma predestinada, que supo de las supremas renunciaciones mundanas, pues era princesa y pudo ser reina, y descendió a las miserias conventuales, a su humildad desgarradora; que poseyó los halagos de la naturaleza, la hermosura, y despreció el don que más ama la mujer y que más codicia el hombre. Y en esta hones-

ta adoración a la mujer deliciosa, humanamente inaccesible, Fray Luis, encantado, sonriente desde su vejez solemne, gloriosa e ingénua, supo un día su muerte, y el golpe imprevisto lastimó mortalmente su luengua existencia achacosa. Y murió, que fué nacer en Dios absolutamente.

Como de la muerte de San Ignacio de Loyola se dijo, que la habia sentido San Francisco de Borja (1), pero que la habia sentido como santo, se puede repetir de la muerte venturosa de Luis de Granada: que todos los espíritus gemelos — por la santidad, aunque no hubo muchos por el genio — se alegraron de ella, porque era la plena reintegración a su celeste origen. El Santo varón no moria en el sentido de acabar: continuaba su vida, nacia a plenitud. Por eso cuentan que Luis, moribundo, dijo a un monje compungido que estaba a su vera: “Calle, padre, y no llore, pues ve que yo no lloro; más no sé si lo podrá hacer; porque los dos tenemos diferentes pensamientos”. El pensamiento de Fray Luis era el pensamiento de la eternidad, no solo el de la conformidad sino el del gozo en la muerte. El pensamiento del otro era el de la lamentación humana que no pene-

(1).—En nuestro libro — que se reeditará Dios mediante, sobre Santa Teresa de Jesús, esbozamos un retrato de San Francisco de Borja, prototipo de aristocracia y de santidad.

tra en su emoción los misterios insignes de las almas elegidas.

La muerte de Luis de Granada fué como su vida: un fervor en Dios. Fué un tránsito suave. No fué como una muerte sino como un éxtasis que dura siempre, un arrobamiento más prolongado que los demás, en el que se va a conjugar definitivamente, permanentemente, el alma humana en la infinita esencia divina.

Luis llegó, como hemos dicho, a los 84 años venturosos. Esta longevidad, casi patriarcal, era un regalo del Cielo. Sacó buen fruto de ella, y Dios haga que nosotros también. Amén.

* * *

“Calle, Padre, y no llore” dijimos que dijo al morir Fray Luis. Era la conformidad de la santidad. Pero hay una concepción cristiana de la muerte tan semejante, que parece instalada en una mente teológica y es la postura natural del verdadero artista que ha comprendido a Dios en el milagro de la revelación armoniosa.

La delicia de la muerte de Fray Luis da una sensación musical, de perfecta cadencia increada, al disolverse en celeste suavidad para ir integrándose en el más allá profundo bajo una vibración estremecedora.

Por un fenómeno psíquico comprobado, el

moribundo, en su último momento, ve pasar, como en una película, toda la trayectoria de su vida. Podríamos reconstruir, en la muerte venturosa de Fray Luis, su existencia armoniosa. Y ningún cortejo melódico más adecuado para su muerte riente y solemne que las composiciones de Mozart, sobre todo, el Requiem, que es litúrgico en su pretexto y estructura pero que es amor en su esencia. Y si Mozart sabe animar prodigiosamente esas interpretaciones rituales es porque ha sorbido el sentido patético y trascendente del ideal religioso, porque lo llevaba en sí, más que como una tradición de educación familiar, como una emanación de sensibilidad dramatizada.

Este grado de su íntima actitud religiosa se nos patentiza en su idea de la muerte. ¿Y no será ésta visión tranquila, digna de un místico, el elemento celular, integrador, de su gran Misa hímnica?

Me imagino a Fray Luis moribundo circundado de un coro arcangélico. ¿Y que fiesta de arpegios podía encaminarle en la entrada a la luz sino el esfuerzo artístico del hombre por descifrar los misterios sagrados, el arte al servicio de Dios, el arte que torna a su fuente en un fervor de belleza arrodillada?

Digna de esa gran alma y de ese gran genio que fué Fray Luis es la música sacra de Mozart. ¿Pero pudo acaso artista alguno crear

este joyel de entonaciones sin antes afianzarse en la religiosa raigambre? Pero esta atadura en el temperamento intuitivo y libérrimo del artista, no será tanto formación escolástica cuanto disposición natural y evolucionada, no en el saber rígido y dogmatista, sino en el dolor sin fin.

Mozart, al meditar sobre la muerte, — la de los suyos, la de su madre o de un amigo— hablaba de “un mundo mejor”. Del que está allende la muerte. Del mundo de la vida que no acaba. De una vida sumida en el misterio. “La muerte, bien considerado, (dice Mozart en carta a su padre), es la verdadera finalidad de la vida”. ¡Ha intimado tanto, según declara, desde hace años, con este real y mejor amigo del hombre, que su retrato no solamente ha perdido todo horror para él, sino que le parece tranquilo y consolador! Ella es la clave de nuestra verdadera felicidad, vuelve a decir. ¿Y no es este el lenguaje del místico? ¿No podrían atribuirse esas palabras al propio Fray Luis, cuando son de un artista mundano, con esa sensualidad sana y fecunda del amor a lo bello, aunque saturado por el contacto con el dolor, de melancólico pesimismo? “Me he acostumbrado a imaginarme todas las cosas con pesimismo”. Pero le salva del hundimiento en los abismos de la desesperación aniquiladora el

efluvio de Dios que matiza su alma fina de artista, como un bálsamo de paz.

Y es que el hombre, santo o pecador, cuando asiste a esta confesión interior de su conciencia, se unifica en un mismo ritmo ascensional, en ese fervor de la vida hacia su origen. Y Mozart, componiendo su Requiem, porque sentía en su espíritu la vibración infinita de ese canto suntuoso y patético de las religiones, participaba de tanta beatitud como Fray Luis en sus sermones o escribiendo con mano angélica la Guía de Pecadores. Eran el Hombre en el acto de la consumación de su substancia, bajo el fuego de las purificaciones.

Y este carácter humano de la música religiosa de Mozart se viene deduciendo de sus formaciones, las de la desgracia y las del genio. Su genio, por virtud de su textura, de su propio impulso, tenía que confluír en la visión real del misterio. La desgracia lo hizo meditar y al meditar, profundizar las posibilidades de su arte que es el encanto del tránsito de lo humano a lo divino.

Veremos cómo, un admirador de Mozart, indirectamente confiesa la grandeza de ese poder de evocación religiosa de la música del Requiem, al negarle su acato profano. Y este mismo extrañado Stendhal reconoce el fondo de tristeza de su música. A los veintidós años habla Mozart con la experiencia resignada de

un filósofo estoico, aun que en él la lementación se enciende en un sentimiento cristiano, perfectamente humano. Porque fué humano, aun en su egotismo como Stendhal, pero con más claridad.

Multiplicidad y universalidad fueron los atributos de su genio y de su espíritu. Es como Goethe, con quien se compara y con Moliere. Para entender esta posición intermedia del maravilloso compositor, debemos sustituir los términos comparativos exóticos con los asimilables a nuestra mentalidad. Sean Cervantes y Quevedo. Sea la ironía y la majestad. Mozart pudo crear Don Juan como lo pudo crear Tirso de Molina. Ambos no serian el de Boccacio, si este lo hubiera plasmado, que solo lo vivió. Mozart no gusta del licor que embriaga sino del vino ligero, de confortante tibieza. Y es por esto que no puede estar lejos, no puede contradirse acercándose a lo patético de la religión. Crea lo patético en lo trágico, que es Don Juan, y lo patético en el misterio, que es el Requiem.

Pero el drama del Hombre, su eterna y divina fatalidad, se representa soberanamente en Mozart. ¿El aniquilamiento prematuro o el aniquilamiento retardado es un premio y es un castigo? Fray Luis, muriendo a los ochenta y cuatro años, aceptaba como una prueba el vivir, porque le restaba la delicia suprema de los acercamientos. La muerte anticipada de Mo-

zart levanta una congoja incrédula en su hermano en el genio, Haydn. Pero Mozart no temía morir. Y al morir, no le invadió el espanto, no le asomó la queja. Solamente luchó un momento, (un momento que es una eternidad de recuerdo en los hombres) porque su arte se le iba, quería lo asir con sus manos mortales, temblorosas de misterio. Su Requiem inconcluso, la conciencia de esta mutilación que operaba la muerte en su genio, le conmovió como en una invisible rebeldía. Pero es que la perfección está vedada a este mundo. Basta el Requiem, dijo su hermano en dulzura musical, para que Mozart fuera inmortal. Pero el Requiem completo, con una adición semejante, humana, no le fué concedido. Y el fulgor de lo divino sí sopló sobre esa agonía de artista: el Requiem se integraba en ese anhelo roto, en esa ténue desesperación de un alma cristiana. Y sus sonos profundos solo los oyó Dios. El genio se detuvo ante el abismo, pero su genio-mortal. Su genio moral lo seguimos conociendo los hombres.

A Mozart hay que colocarlo al lado de Fray Luis, aunque sea únicamente en el fenómeno asombroso de sus muertes. Es un momento, pero es el momento que resume la vida y que es el momento eterno.

¿Pero acaso no pudo esta naturaleza tan sensible en la armonía musical percibir las ar-

monías sentimentales y aun geniales de aquel espíritu lejano en el tiempo y tan parecido en la precocidad y en la fecundidad y en la profundidad de su intuición de la muerte, Fray Luis? ¿No era tema insólito descifrar melódicamente esos estados espirituales, cristalinos, sedantes, vivificantes, como las adoraciones del místico para aquella princesa bella, que Dios le premió (según el racionio de su secta) llevándola en una edad muy niña? ¿No era un enamoramiento senescente y celestial el de Fray Luis, digno de ser cantado en un arpegio ingénuo, cálido, como el que brotaba de la fantasía gloriosa del autor de la "Flauta Mágica" y de las "Bodas de Fígaro", como un "desgranar de perlas"? ¡Bodas místicas las del bendito siervo del Señor, pero rientes, irónicas, simples, con su drama fugaz!

El hombre concibe las grandiosas concepciones musicales por la capacidad de armonía interior de que está dotado. Las extrae de su espíritu como de un manantial oculto. Aparte del proceso psíquico y mental en que esta sensibilidad armoniosa se da a luz, es indudable que intervienen causas misteriosas en la plasmación del genio musical, como en el genio pictórico, como en el genio poético, pero más, acaso, en el primero, porque la música es un arte conturbador, casi diría que demoníaco.

El arte no tiene por fin exclusivo expresar

la belleza como entidad limitada, como concepto aislado, cerrado, dogmático. También tiene esta misión el arte. Pero la soberana tendencia artística es la de perpetuar la perfección que se dá en los dominios del hombre. Por eso hay belleza en la pintura de la fealdad. Velázquez, el mayor pintor del mundo, en todos los tiempos, lo ha demostrado. Pero es que sus idiotas, sus enanos, sus príncipes degenerados, sus histriones de corte, están captados en una expresión esencial humana: son lo humano en la fealdad y lo eterno en la perfección de su forma.

Lo eterno del hombre, en la fealdad o en la hermosura, he aquí lo que dice la pintura profunda. Y lo eterno en el hombre, esto es lo que debe decir la música. El dolor es un signo eterno. Por eso hay interpretaciones musicales de la pena. Mas hay angustias que ya no son solamente humanas sino que tocan la línea divisoria de lo divinal y esto es lo que el inmenso Mozart dijo patéticamente en su misa de Requiem.

No hay que fiarse mucho de las ideas de los pintores. Podría conjeturarse lo mismo de las ideas de los músicos, de las ideas musicales. Porque el metafísico tiende, bajo sus interpretaciones personales más o menos exactas, a sondear fantaseando, los fondos generadores del núcleo artístico, y el hallazgo es eventual,

porque la zona es intrincada. Mas hay pintura como hay música que florecen en una claridad tranquilizadora. El espectador, el comentarista, no tienen porque desesperarse ante el misterio que esconden. Velázquez, con ser tan hondo, es uno de estos, porque su arte es tan humano. Beethoven es otro de ellos. Nos dicen la vida interior, ya del dolor estático, como Velázquez, ya del dolor en marcha, en tempestad, como el titánico creador de la Novena Sinfonía.

Pero hay otros grandes artistas sublimemente complicados. Está el Greco, está Mozart, en sus composiciones religiosas. De ahí que al Greco pocos le entiendan y que a Mozart lo discutan en la maravilla del Requiem. ¿No hay dos géneros de pintura como dos géneros de música? Sagazmente desdeñaba el Greco a Miguel Angel: "ese pobre hombre que no sabia pintar". Tiene, también, un sentido, la incomprensión del gran Stendhal hacia el Requiem de Mozart, que motejaba de ruidoso. Pero es que Stendhal, "el mejor escritor de su siglo" que dijo Nietzsche, aunque sensible y artista, (nada menos que el apasionado admirador de Mozart, cuya vida reseñó), era al mismo tiempo sensual, descreído y deliciosamente frívolo. ¿Como entonces elevarse a las regiones ultrahumanas que entrevee Mozart con una concepción profética en la música, una

Teología en la armonía, una mística hecha acorde? Amaba en él más las árias diáfanas que los tonos solemnes. Era un apolíneo, no un místico. Prefería la luz durable, la misma siempre, a la ráfaga aunque fuera divina.

Acudimos al sedante del arte. La guerra pasará, acabando con muchas existencias individuales y con muchos monumentos de arte, pero quedará el Hombre, con su capacidad de gustar la belleza y el bien. Por eso acudimos al arte, y sobre todo, a un arte en que palpite la suprema emoción de Dios, como en el del divino Mozart.

Tras del convencionalismo gramatical de las palabras radica su sentido filosófico, una interpretación sintética del cósmos. Por ejemplo, "sublime"; "bello", "grandioso", son vocablos-guías, flechas mentales disparadas a una concepción definida. Así también, en la técnica musical, cada arpeggio, cada nota, llevan el contenido de las visiones profundas del alma y de la vida. No podemos, muchos de nosotros, seguir estrictamente el movimiento ascensional del musical lenguaje; pero lo cierto es que no podemos evadirnos del influjo etéreo que opera en nuestras sensibilidades para sumirnos en un éxtasis vivo, en una suavidad de sueño y de ensueño, en una conjugación con las eternas armonías superiores, que vienen de Dios. Porque el carácter de la música, se ha dicho ya, es

lo indefinido, lo mismo que el carácter de esa pintura renacentista, en la que el sereno Rafael y el misterioso Leonardo adivinaron la beatitud en las sonrisas virginales.

Y el alma del Mundo, alma mística, dolorida y por eso profunda, halla en el encanto musical, solenne y consolador, hoy más que nunca, el remedio a sus cuitas, el halito de vigor para superar la fatalidad, para estar a la altura del Destino.

¿Que mas gloriosa idea para un tema musical que la del acompañamiento del dolor del hombre al dolor de Dios? ¿No rebasa las ambiciones artísticas del hombre este milagro de identificación a los misterios teológicos? ¿No es mas patético este armonioso lamento que es el Requiem que todo el drama musical Wagneriano, con su paganidad y con su fuerza sublimemente elemental? (1)

(1).—Este tema de la emoción religiosa en cierta música de Mozart merece más denso desarrollo. Interesantes datos contiene la biografía del autor de la sinfonía "Jupiter", debida a la pluma de Annette Kolb, cuya versión al castellano, como tantas, no es precisamente un alarde de elegancia estilística pero tiene sus méritos. También debo citar la impresión que me causó el Requiem bajo la dirección orquestal de José Ives Limantour, joven y afanoso maestro mexicano que hará ilustre su nombre persistiendo en la vocación de su arte. Pude, así, penetrar las cuantiosas riquezas sugestivas que contiene la última y más grande obra de Mozart.



Mandó Fray Luis en su agonía que le leyesen el Evangelio de San Juan. ¿Porqué esta preferencia? Sentiría Fray Luis una marcada predilección por el Apóstol joven y vírgen que, por su virginidad, mereció que le confiara Cristo a María, su Madre santísima, al pie de la Cruz. Pero hay una razón decisiva para explicarnos esta fascinación que ejercía el evangelista vírgen sobre Luis de Granada: es la coincidencia en esta fé humana: la caridad. San Juan fué el evangelista que más ponderó y practicó esta virtud fundamental, que las resume todas. Escribe Fray Luis en su libro: "Guía de Pecadores", que es como una Suma Cristiana, neto producto del genio de la raza, de su mística sui generis. "Pues aun queda sobre todo esto (sobre el elogio que él hace, de la caridad) la Canónica de aquel tan grande amador de Cristo San Juan Evangelista: en la cual ninguna cosa más repite, ni más encarece, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epistola, eso mismo dice su historia que hacia toda la vida. Y preguntado porque tantas veces repetia esta sentencia, respondió que porque si ésta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud". (Pág. 274 y siguientes).

Fray Luis fué un espíritu dulce, de infinita

caridad humana. Cumplió, pues, la ley, pues como dijo San Pablo, al que Luis invoca en esta sentencia inmortal, "el que ama a su prójimo tiene cumplida la ley".

* * *

San Juan Bautista y San Juan Evangelista han sido altos motivos para el arte del Renacimiento. Donatello talla a San Juan Evangelista en adolescencia y más tarde en vejez. Pero también esculpe, en mármol vivo, tal es la densidad armoniosa que su cincel le infunde, esculpe la encantadora y trágica figura del San Juan profeta, al que inmoló Horodias y deseó Salomé. Las barbas del San Juan Evangelista, de Donatello, son floraciones bíblicas, opulentas y rítmicas. La belleza del San Juan efébico es una belleza indiferenciada, esbozada, ténue, en la que es difícil descifrar la calidad específica del sexo. Es una belleza griega. Este fenómeno de la sorpresa escultórica nos lo define la comparación de Lord Byron, que veía en una de sus bellas y neuróticas amantes la reproducción del Apolo de Belvedere.

Pero hay otro San Juan estéticamente impresionante. Es el del pintor español Fernando Gallego. Y este bello y apasionado San Juan Evangelista es el del dolor del amor. El del Divino Leonardo de Vinci es el del triunfo de la Gracia: es el Bautista, desnudo y riente como

una bacante, que eleva la mano armoniosa como un himno o como un cáliz.

El profeta y el Evangelista: los dos puros, radiantes, jóvenes. Ambos encarnan la vida en flor, la belleza que empieza, la pasión plasma-da, la adolescencia divina.

El dolor de San Juan Evangelista de Fernando Gallego es un dolor que solo pudo entreveer la tragedia griega. El pintor ibérico que capta esta expresión soberana y angustiosa es un artista trágico, que diríase pagano. Porque al hombre moderno se le hace inaceptable que cupiera tanta desesperación en un alma cristiana, ya que el pintor interpreta, desde su propia emoción, el pasaje o el alma que expresa y que ama. Esta sensación extrema la recibimos al contemplar el rictus de la boca del discípulo amado de Cristo. Pero observando sus ojos, subiendo a su frente luminosa de dolor, corregimos el juicio: esa mirada comprensiva de los ojos contraídos por el espasmo del sufrimiento es la mirada de toda la infinita ternura de que fuera capaz un alma de niño. El adolescente se siente herido en su filial sentimiento: toda su ingenuidad confiada y riente se sacude de pronto ante el inesperado espectáculo del crimen humano que no respeta ni a Dios. Esta mirada inenarrable del San Juan Evangelista del pintor castellano es la mirada del hijo, del hermano, del súbdito, del discípu-

lo amado, del amigo dilecto. San Juan era el mejor amigo del Mesías porque era el puro, era el mejor amigo del Maestro porque era el discípulo, era el mejor amigo del amigo porque era el más joven. Tenia lo mejor de la amistad: la simplicidad y el ardor de sus iniciaciones aunque el milagro que circundaba la presencia saludable del Cristo hizo de ellas las plenitudes del amor perdurable, superior a la muerte.

La boca del San Juan Bautista de Donatello es una boca absorta, una boca misteriosa donde se reconoce el nacimiento del Verbo. Es una boca profética, entreabierta, bella y sagrada como un espasmo.

Siendo San Juan Evangelista el más joven fué el más puro, fué el que más amó al Cristo. Y si el don del Evangelista fué la caridad se debió a que su alma niña, conmovida por la tragedia de Dios, la del Calvario, se hizo el vivo holocausto de su piedad para todos. Cristo le amó y le distinguió entre sus apóstoles. Fué la suprema elección: la de discípulo sensible y amoroso. Y en la Cruz, en el momento de la interminable agonía que sólo podía estar reservada, por su inaudita crueldad, para un Dios, es decir, para el que hizo tanto bien a los hombres y podía sufrirlos con tan larga paciencia; en el momento del trance mortal que es el de las grandes intuiciones, Cristo confió su Madre a San Juan, que al pie de la Cruz sollozaba deso-

lado. ¿Porque San Juan era virgen y Cristo buscaba el marco de la pureza absoluta para esa divinidad maternal, dolorosa y abandonada? Cristo eligió a San Juan porque lo vió siempre como hermano, y la Virgen era siempre la madre de ambos, una Madre llena de gracia porque era la Madre elegida, la perfecta Madre de espíritu.

Bajo la misma denominación patronímica: San Juan, floreció el tipo humano del seguidor de Cristo: el que lo predijo, lo consagró en el Jordán y el que lo acompañó en sus pasos de consuelo y de paz y después en sus horas de muerte. Pero representan dos entidades teológicas distintas, aunque su nombre sea el mismo y su parecido corporal sea tan aproximado; aunque el Bautista aunó mas perfecciones dionisiácas.

Si el San Juan de Fernando Gallego es la plasmación humana del trance, de la tragedia religiosa, el San Juan Bautista de Leonardo es como una Epifania, como un albor, como una señal bella y a la vez siniestra en la noche del hombre. Por eso es un motivo artístico, por esta dualidad de elementos emocionantes: la ingenuidad en la pureza y la fatalidad cernida sobre su testa gallarda en la que el nimbo de la beatitud no puso mas luz.

El uno es un anuncio que fijaron las milenarias profecías; el Evangelista, es ya la consu-

mación de la ley, porque se entrañó al Cristo. Pero el profeta está condenado a morir; por eso murió, por cierto bellamente, puesto que fué martirizado en su virtud por la divina danzarina imperial. Y este San Juan tiene un cuerpo armonioso, desnudo como el paganismo, al que destrona, como el paganismo que invita a vivir, pero no a vivir eternamente. Es este San Juan lo alado, lo misterioso de la Religión: es, en suma, lo profético de ella. El Evangelista es el elemento humano de la Verdad mística. El profeta pasó porque fué como un soplo, una concepcion alada, rápida y musical. En su tragedia horrible, digna de la refinada barbarie antigua, se inspirará la musica melodiosa de Strauss, bordada sobre la fina malla del estilo de Oscar Wilde, cuya capacidad creadora que le purifica, le pone por encima del desprecio que por sus dolorosas aberraciones sienten los que en el no ven al genio angélico sinó al monstruo moral.

La pintura y la escultura renacentista (Donatello fuerte, caótico, inagotable como la vida, y de Vinci, atmosférico, que vacia el subconsciente en una visión de sensibilidad armoniosa, profunda, vital), se han ocupado preferentemente del Bautista porque fué un tema consustancial al arte de entonces, que es el arte de siempre: a ese arte afin a su esencia de resurreccion del clasicismo inmortal. Fué la

belleza corporea y la tragedia visible. En cambio, la pintura ascética de Gallego penetra en los misterios trémulos del drama mesianico que encarnó en la angustia del discípulo amado. Tras del Profeta está Salomé, cautivadora, amenazante. Tras de San Juan Evangelista está María, dolorida, resignada, fiel testimonio de la Encarnación del Verbo, de la Redención del Hombre por el sacrificio de su divino Hijo.

San Juan era el Amor y San Pedro era la Autoridad. El uno era la eternidad de la caridad y el otro era la continuación de la jerarquía. El uno era la huella de Cristo, el otro era el sello de la institución que Cristo fundó con su sangre. Ambos son símbolos, pero el uno humano y el otro teológico. A San Pedro, el jerarca, se le representará en el solio; a San Juan en los corazones de los hombres porque, como San Pablo, entendió el sentido inefable de la religión cristiana en la caridad.

El tema del Bautista es un tema explotado por el arte escultórico, pictórico y literario y aun musical de todos los tiempos. Oscar Wilde canta "el cuerpo de marfil" del místico efebo deseado por la divina Salomé. El gran escultor español Julio Antonio, que murió de agotamiento en el trabajo y en el placer, que murió mozamente, bello como sus estatuas perfectas, gloriosamente, por que no lo ultrajó la decrepitud de la carne, modela un maravilloso cuerpo

que recuerda las modulaciones clásicas, tal es de límpida y graciosa su línea, que habla, y su forma, que canta, y su visión, que ora.

Gabriel Miró, el de la magia plástica de las palabras entrañables, exalta la juventud henchida de significaciones, del discípulo amado. El tema del San Juan-San Juan Bautista y San Juan Evangelista-es eterno porque es un tema bello, el de las dos bellezas fundidas, recíprocamente explicadas en un divino encanto: la belleza del alma y del cuerpo.

VIII

Fué Francisco Duarte, Proveedor de las Armadas de S.M., el que a su expensas labró la losa del sepulcro de Fray Luis, inscribiendo en ella este epitafio elogioso, resumen póstumo del coro de alabanzas freneticas que se le tributaron en su tiempo. Dice asi la leyenda que se puso en latin: "Fray Luis de Granada del Orden de Predicadores, por cuya doctrina se ven mayores milagros (asi lo dijo el oraculo de Gregorio XIII, Pontífice Máximo) que si hubiera alcanzado de Dios vista a los ciegos, vida a muertos. Mucho más ilustre, que por haber renunciado muchas veces Obispados, por su admirable piedad con Dios y misericordia con los pobres. Habiendo ilustrado todo el Orbe con sus insignes libros y sermones. Murió a los ochenta y cuatro años de su edad en Lisboa, con gran sentimiento de la República Cristiana, el dia último del mes de Diciembre de mil quinientos ochenta y ocho".

En la Capilla del Convento de Santo Domin-

go, en Portugal, se erigió el sepulcro de Fray Luis, compuesto de marmol de Estremoz, de piedra y jaspes peregrinos. Fray Agustin de Sousa, haciéndose eco del clamor de las gentes, mandó construir el majestuoso mausoleo. El traslado de los restos se hizo con conventual sigilo. En este Antecoro se hacían los Capítulos ordinarios. El pueblo visitaba, como en una romería, el sepulcro del santo. Como a santo se acató al excelso orador sagrado.

* * *

He aqui una reseña bibliográfica de la vigorosa produccion de Fray Luis de Granada. Por la finura intelectualista, racional, asi como por su pasmosa cantidad, es digna de la de Santo Tomás, aunque repte del núcleo teológico puro en que el santo de Aquino centró su elaboracion. Por la facilidad del estilo, tambien por su relampagueante intuición filosófica, es digna de la de San Agustín, original y potente fundador de la ciencia de Dios. Ya dijimos que bien merece Luis de Granada que se le califique de creador de una Suma Cristiana, que prácticamente se compondria reuniendo materiales concordantes de todos sus libros, fundamentalmente de la Guía de Pecadores. Es, por tanto, el Santo Tomás de la Mística española, por el vigor metódico, por la proliferación de la ciencia.

Escribió numerosos tomos, en latín, de sus sermones. Trabajó en ellos largos años. Compuso el libro de la Retórica “para formar un perfecto predicador, un gran retórico”. Mereció, por este éxito, que se le llamara “retórico del Cielo”. Este libro, se decía en su elogio, merecía estar escrito en letras de oro. Hoy, acaso sea el que menos se consulte. Su tema y su manera de abordarlo, son un tanto anacrónicos no en su sentido íntimo, en su plan estético, sino en sus detalles, en ciertos pasajes de su preceptiva vetusta. Azorín, en su libro: “De Granada a Castelar”, eleva su elogio a esa retórica que es norma perenne para el buen orador. El primer libro en romance fué la “Guía de Pecadores”, quizás el mejor de Fray Luis. Síguese, cronológicamente, el “Memorial de la Vida Cristiana”. Luego una adición a este Memorial. Otro volumen grande se intitula: “Introducción al símbolo de la fé”. Hizo Fray Luis dos libros “de latinos españoles”; la Escala Espiritual de San Juan Clímaco y la Imitación de Cristo, por Kempis. (1) De his-

(1).—Balzac sigue creyendo que el autor de la “Imitación” fué francés. Superando este error tiene este acierto de definición y de elogio del libro perenne. Dice de él. “que es al dogma lo que la acción al pensamiento. El catolicismo vibra en ella, se mueve, se agita y lucha cuerpo a cuerpo con la vida humana. Este libro es un amigo seguro. Habla a todas las pasiones y a todas las dificultades, hasta a las mun-

toria escribió la vida de Fray Bartolomé de los Mártires y del beato Juan de Avila, de las que hemos hablado extensamente. En el proceso de nuestra biografía tuvimos que retocar asiduamente su perfir de escritor con estas citaciones de sus dos historias ascéticas. Así también hicimos con sus traducciones, porque son de lo mejor de su literatura. Réstanos dar suscita noticia de sus demás obras, así como de exornar las alabanzas que sus comentaristas les prodigaron.

Toda una tendencia filosófica, toda una postura interior se reflejan, de Fray Luis, diciendo de él, "que aunque pudo muchas veces hablar con ornato y elegancia, lo dijo llana y sencillamente, si juzgó que podía retardar la inteligencia del lector no muy ejercitado en las letras humanas" En lo cual fué indudable imitador de San Agustín. Fray Luis incurrió en los filósofos paganos, quitándoles, como dijo el Obispo africano, aquellas verdades como a injustos poseedores de ellas. "Los santos todos hablan por su boca en su lenguaje propio. Hace suaves las materias más severas;

danas; resuelve todas las objeciones y es más elocuente que todos los predicadores, porque su voz es la vuestra, se eleva en vuestro corazón y penetra por el alma. Es, en una palabra, el Evangelio traducido." Por venir de quien viene esta alabanza, es digna de consignarse aquí, en un libro de exaltación espiritualista.

da abundante pasto al hombre espiritual más aprovechado; encamina al que comienza a reducirse; atrae con su primor admirable al pervertido; y el que solo buscare deleitar el ingenio con aquella dulzura de la elocuencia cristiana, hallará lo que pretende, y si persevera, aun lo que no buscaba: hallará a Dios, y dilatado el estrecho camino de la vida, dispuesto de tal manera, que se esfuerce a entrar por el ánimo más cobarde”

Monumentos de elogios se rindieron a la obra múltiple y una, honda y diáfana, del polígrafo místico. Veámos algo del asunto de sus libros ascéticos. En “Guía de Pecadores”, “se trata copiosamente —dice Luis Muñoz— de las grandes riquezas y hermosura de virtud, y del camino que se ha de llevar para alcanzarla”. Enumera luego el biógrafo remoto los Títulos respectivos en que está dividido el Tratado, el cual ha sido vertido en nuestros días, comentado científicamente, es decir, con notas explicativas.

El libro que tituló Fray Luis, “de la Oración y Meditación (primero en el tiempo), trata de “la consideración de los principales misterios de nuestra fé, con otros tres breves Tratados de la excelencia de las principales penitencias, que son limosna, ayuno, y oración”, “Devoción llama el camino de la perfección.

Este libro solo basta, con la Divina Gracia, a hacer a un hombre santo: contiene las materias de la Teología Mística, tratadas con términos tan suaves y fáciles, que se dejan entender aun de los más sencillos; abraza este libro el camino del espíritu, con todo cuanto le estorbe y adelanta; tienen enseñanza copiosa los más espirituales. Los tres Tratados de la Oración, Limosna y Ayuno, son demostración del espíritu y elocuencia del dueño". Luego que se publicó libro tan fundamental en el pensamiento de Fray Luis, pues es el relicario de sus concepciones teológico-místicas, que son las que le distinguen de toda la falange de doctores escolásticos, teológicos; luego, decimos, que vió la luz, se tradujo al italiano, después al latín y también al tudesco.

"En el "Memorial de la Vida Cristiana" se enseña todo lo que un cristiano debe hacer desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección, repartido en siete tratados. Algunas traducciones dan en el orden de los tomos a este libro el primer lugar".

"La Adicción a este Memorial", en que vuelve a hablar del amor de Dios y de los principales misterios de nuestra Redención, es la última obra de este volumen grande: excedióse a si mismo el P. Fray Luis en ella, que como aquella alma santa iba cada día alcanzan-

do nuevos aumentos en el conocimiento de Dios y sus virtudes, y el fuego de su amor iba creciendo, campeaban también los efectos, que eran sus principales escritos y virtudes. Estos libros, que en diversos tiempos salieron en volúmenes pequeños, se juntaron en un tomo año de mil y quinientos y ochenta para su mayor conservación; hánse multiplicado impresiones, y se continuaran hasta el fin del mundo”...

Otro volumen grande se intitula: “Introducción al Símbolo de la Fé”. “Trata en él los dos principales misterios de la fé, que son la Creación del Mundo, las obras de los seis días, y la Redención del género humano, y misterio de Cristo: escribe copiosamente estos dos argumentos”. “Dió el primero copiosa materia a su elocuencia; toda la naturaleza recibió nuevos lustres de su pluma: descubrió cuantos primores su divino Autor esparció en lo que tiene sér, sentido y vida: pone admiración la propiedad y elegancia en tanta variedad de materias. Parece, a modo de decir, como del gran Basilio se dijo, que estaba al lado de Dios cuando criaba las cosas, entendiendo la razón y el consejo y artificio con que las criaba; porque así lo muestra en esta primera parte de la Introducción del Símbolo”...

Este libro hizo las delicias del rey de Per-

sia, que no se conformó con encuadernarlo ricamente, sino que hizo más: mandólo traducir a la lengua "persiana", como entónces se decía. La resonancia del misticismo doctrinario de Luis de Granada era ecuménica. El cual compuso, en portugués, su "Compendio de la doctrina cristiana", a instancia de la Serenísimá Señora la reina de Portugal, Catalina, quien tanto protegió al fraile escritor. Este libro, se ha dicho, es un joyel precioso.

"Anda también un libro titulado: "Doctrina espiritual del Padre Fray Luis de Granada, en que hizo un compendio de sus obras, que por este respecto dicen le llaman su nieto".

Escribió de historia, plástica, fuerte, viva: las vidas de Bartolomé y de Juan de Avila, que fueron dos sabrosos héroes píos. Y, "no contento, Fray Luis, con lo que habia escrito, provocaba a los que tenian talento para semejante estudio, le empleasen en servicio de la Iglesia. Débese a este celo el devoto y provechoso libro llamado: *Fructus Santorum*, que compuso el Maestro Alonso de Villegas". Fray Luis no distribuía únicamente su imponderable dinamismo a su personal creación, sino al estímulo de las facultades ajenas: era generoso en esto, con la gracia de las admiraciones. Si el talento es regalo prodigioso de Dios, el disfrute común, unánime, de la suprema dádiva

divina, era un gozo bello; y en la revelación de los talentos ocultos poníase la vocación evangélica del excelso dominico.

Hemos seguido, paso a paso, a Muñoz, cronista antiguo de Luis de Granada, en esta reseña bibliográfica y crítica, porque, de todas las excelencias de su biografía, ésta es la mayor, por la rápida síntesis substancial que campea en la descripción de los temas de tan vastos tratados y por la energía del epíteto juzgador de sus méritos.

IX

Entre los aislados escritores modernos de España que se han ocupado con ardor del Padre Granada, está Azorín, aunque su contribución al estudio del gran fraile adolezca de las deficiencias que vamos a enumerar. Anticipemos que Azorin no ha escrito un libro orgánico sobre el predicador sino breves ensayos contenidos en dos de los tomos de sus obras completas.

Fray Luis de Granada fué en humildad porque este imperativo se lo impusieron las severas Reglas de su Orden y la delicadeza incomparable de su alma. Pero tal desprecio de vanagloria no podría borrar esta realidad independiente de su voluntad e intención: el rotundo relieve de su inteligencia, la proyección gloriosa de su obra de artista. Y Azorin, que ama lo parvo, no podía elegir como modelo de sus evccaciones, de sus reviviscencias, de sus emociones intelectuales aplicadas a los ajenos secretos íntimos enterrados en el tedio del

tiempo; no podía elegir lógicamente a aquel gigantesco fraile de los dominicanos que era todo asombro, todo irradiación universal, inasequible al prisma analizador de lo primoroso, de lo femenino, de lo anónimo, de lo atomístico, como lo es el escritor de la faz inmóvil y la prosa inalterable.

Azorín no vocaliza enérgicamente la calidad fundamental de esta naturaleza iluminada: la de Fray Luis. Ante el afán entrañable de su sér, que es lo místico, resbala la ambigua definición del juzgador. No es "idealidad" únicamente, aunque se la denomine "profunda", la esencia del gran fraile, sino misticismo, esto es, la fuente de los supremos efluvios, el nido del misterio, la reverberación infinita de las sacras potencias, lo sobrenatural operando en los elementos naturales del hombre, porque la sola idealidad es capaz de cuajar los ingenios comunes, que pululan, pero el misticismo fija en solitarios y egregios instrumentos humanados las venturosas escalas de la Perfección divina y posible.

Y es que Azorín, contrariando su hábito de atisbar lo atómico, la minúsculo (1), parece enfocar el aspecto monumental y majestuoso del estilo sagrado. Este carácter de inmensidad

(1).—Véase el ensayo que le dedica Ortega y Gasset en *El Espectador*.

y majestad, como fuerza endógena, está en su esencia mística. Pero como es una entidad trascendente no encaja en los planes artísticos de Azorín; no se acomoda también a su escepticismo, el analizarlo. Sólo un Bossuet podía exaltar, en sus dos dimensiones de monumentalidad y de profundidad religiosa, la personalidad áurea del maestro Granada; solo Bossuet pudo encerrarlo en el marco recamado de sus himnos elocuentes como en un tabernáculo de oro. Porque el cantor y el cantado resumían entonaciones antiguas e intuiciones profundas: fundirían la Biblia, la Summa, el Evangelio en su dulzura fecunda, esenciarían estos solemnes gritos de Dios a través del hombre, en un épico eco: eran el balbucir de las religiones y la consagración dialéctica de los cánones. Uno podía entender al otro, porque sus naturalezas intelectuales e íntimas eran iguales, o al menos, se parecían. Un profano, aunque saturado de la mejor intención comprensiva, (y menos si le roe la incredulidad) no podrá exaltar la gigantesca estructura del fraile granadino. Este parentesco espiritual se sitúa en la confesión de Bossuet: de que, cuanto sabia de Teología mística lo debía al Padre Granada.

Porque, ¿cómo petrificar la incorporeidad del espíritu en que habita la divinidad, que es la eterna fluencia? Y Azorín todo lo detiene,

lo estatifica, lo reviste de la máscara hierática de su imperturbabilidad. Y el ritmo apasionado de lo religioso, que es lo fecundo operando en lo eterno, se escabulle y se rompe en esas manos tímidas, buenas, fáciles y palpitantes que conjuran la olvidada quietud de los lugares y las cosas.

Azorín, al abordar al Padre-Maestro, se ocupa, pues, del hombre, no en su alma sino en su inteligencia, que es una arista de su ánima. Nosotros, en el presente libro, nos ocupamos del fenómeno místico que se realizó en Fray Luis. Esto significa que nos ocupamos del hombre en su esencia, y por tanto, en su sensibilidad más honda y en la amplitud desbordante de su creador genio.

Nuestra visión del inmenso fraile es total, sintética, esencial. Su mixta faz la modelamos con idéntico arrobó: su faz de santo y su faz de hombre, y de hombre elegido por el don angélico del entendimiento según la máxima audaz de San Gregorio: "El hombre tiene de común con los ángeles el entender".

Lo místico como respuesta de finas sensibilizadas personales, pero también de época y de raza; y lo místico como motor del genio literario: he aquí nuestro programa. Azorín parece rehuir los contactos metafísicos y únicamente se detiene, extasiado, ante la soberana fuerza

de su estilo, ante la deliciosa simplicidad de su ser angélico.

Entusiasmo de artista por el supremo artista es el que expresa y experimenta Azorín, y desfloran sus elogios prudentes, ardientes, enfilados en su habitual simetría. Pero, insistimos, falta el examen filosófico de esa naturaleza misteriosa y simplísima que tales milagros hizo.

Destacamos la singularidad de Fray Luis, su superioridad indiscutida: la de escritor, pero no menos la otra: la de orador sagrado. ¿Y no será por esto que hay párrafos en la prosa de Granada que parecerían de Castelar, según observa Azorín, gran crítico, con Benjamin Jarnés, de la maravilla decimonona?

Otra característica del estilo del Padre Fray Luis, que parece soslayar Azorín es la de que fué un robusto historiador, lo que hoy llamaríamos biógrafo, la de un filósofo de la Historia, pues además de la plasticidad y energía de la prosa que en esas andanzas se muestra, surge una capacidad especializada que parece de hoy, por la precisión del plan al que sirven conocimientos de la moderna ciencia, por la perfección descriptiva de los cuadros en la que asoma una natural sensualidad colorista.

Hay multitud de aspectos interiores y de contorno en la personalidad de Granada, que no

aborda plenamente Azorín; y hay otros que los invierte. La pasividad del Padre Granada ante la omnipotencia, a veces insolente, de los nobles por la sangre en lo cual se separa de Gracian. según Azorín, es una idea un tanto débil o artificiosa del gran escritor castellano que revive y envuelve los pueblecitos en una magia de luz evocadora y de gracia adorante. Granada fustigó tanto a los nobles blasonados, o más, que Gracian, del que falta un libro moderno digno de su gran mérito humano y filosófico. Convivió el gran fraile del quinientos con los aristócratas buenos pero supo denunciar los excesos de los perversos. Azorín es suspicaz ante la insolencia plebeya de los grandes en la alcurnia, pero esta no podría llegarle a un grande de espíritu como Gracian y como él. Fray Luis no sentiría las humillaciones que le hicieran, por el sentido de su perfecta humildad, sino que sentiría el agravio que a sí propios se inflingían ellos en sus yerros. En Gracian estaría un cortesano —un Chateaubriand adusto— decepcionado del gran mundo, y en Fray Luis un santo que amó las ásperas sendas y gustó el placer creador de escribir. En Azorín estaría un espíritu atormentado por el resabio de la lucha de clases. ¡Aunque Azorín es tan fino, tan infantil, tan elevado, tan mesurado siempre!

Tampoco hace el elogio debido, Azorín, de una de las hazañas literarias del Padre Granada: la traducción del Kempis. Y en fin, como decíamos al comienzo de estas líneas, Azorín omite parcialmente el comentario a los sermones majestuosos del primer orador sagrado de España. Y si hay esplendor en su obra, ese fuego radicaría en su elocuencia, de una diafanidad de Génesis y que se comparó a la antigua. Toda la unción del gesto, toda la fuerza secreta de la personalidad bajo una figura noble y serena en que destaca el signo de la nariz judaica, harían de fondo amplio a un verbo ardiente, macerado de humildes meditaciones y templado por retóricas sabias en que se vaciaban las concepciones milenarias de Dios enriquecidas y ennoblecidas por las luces de los nuevos ingenios de la Mística.

Fray Luis es el autor ideal, simbólico y real, de una Suma Mística universal pero sustantivamente hispana. Y el esplendor sensual de la Alhambra, plástica y monumental añoranza del pasado integrador de la raza, tiene su réplica en el fulgor barroco de la elocuencia cristiana de esa alma vibrante y solo manumitida al amor eterno. Fué nuestro Frayle (más nuestro que de otros porque lo hemos cantado y

amado en su elogio), fué por antonomasia el predicador ecuménico del siglo XV. (1)

* * *

Las mismas contingencias a que está sujeta la naturaleza humana, el dolor, la enfermedad, la muerte, son el premio que paga el hombre a la dicha de nacer y vivir, si es verdad que temporalmente, lo es también que en libertad interior, en semejanza divina, que le compensan de las esclavitudes y pesadumbres exteriores. Y en esta sucesión de integraciones humanas es donde está la grandeza de la obra de Dios, porque es la perfectibilidad evolutiva

(1).—La actitud de Azorin hacia Fray Luis de Granada ha evolucionado. A la primitiva desconfianza ha seguido un exaltado reconocimiento. No es que adune Azorin los encomios con las censuras que tiene hacia Fray Luis. es que borra estas con aquellos. Le ha podido estudiar, sorber, en la madurez de escritor de Azorin, los jugos auténticos de aquella naturaleza soberana en los dones de la virtud y del arte. ¿No dijo Azorin de él, “el fino dominico tan sensible, tan profundamente artista”? ¿Y no este elogio disipa aquella diatriba de que Luis no “resiste la prueba”? de que “no haya satisfacción intelectual” en su lectura? Alfonso Junco, en un bello ensayo sobre el dominicano, comenta estas oscilaciones en el juicio de Azorin, ponderando, con solemne acato, los dotes del poderoso orador sagrado. Lo publicó Junco en el número de la revista “Reliquias de la América Española”, del año de 1922, que dirigia Don Francisco Elguero, gran admirador también del fraile español, como nos lo demuestra en el esbozo contenido en su libro: “Efemérides Históricas y Apologéticas”, año de 1920. Imprenta de Juan Pueyo, Madrid.

del sér que ha creado. El santo y el genio son la ecuación de este problema vivo y eterno que es el Hombre. Por nuestra muerte, por nuestro dolor, por nuestras deficiencias; por esta selección de las almas a través del tiempo incalculable, es posible la aparición distante y tardía de los espíritus en plenitud. Ofrendamos, pues, nuestro sacrificio de criaturas mortales, vulnerables, a la gloria perdurable del Hombre, al blasón de nuestra especie, a ese designio de perfecciones. Porque por el santo y por el genio se esclarece toda la parte de divinidad de nuestra naturaleza imperfecta, se fija un adelanto en los caminos eternos de la beatitud.

EPILOGO

del Dr.

LUIS RECASENS SICHES

Mateo Solana Gutiérrez no es sólo un pulcro escritor de fina sensibilidad, con espíritu alerta, que finca en temas vivos para el actual momento en busca de salvación y directrices; además, un serio investigador en temas históricos y un distinguido pensador político. Es ciertamente todo esto, lo cual representa mucho, pero es también una vocación de filósofo que anda buscando — por las vías no profesionales ni académicas — la esencialidad de lo humano, a la vez en su función universal y en sus heterogéneas variedades. Y es, sin duda, este afán de captar la auténtica realidad de lo humano lo que ha encaminado sus pasos de indagador y sus capacidales poéticas de reviviscencia hacia la predilección por la biografía. Mas no por la biografía al modo del erudito, mero coleccionista subalterno de datos; antes bien, en forma muy diferente y desde luego muy superior a la de éste, en función de captador de lo esencial y

de lo representativo en las existencias de los grandes ejemplares de la humanidad. Y para llegar a ello, ejercita magistralmente aquella capacidad de revivir ajenas existencias, que Dilthey consideraba, con acierto, como la condición y el procedimiento indispensable para toda tarea de índole histórica y sociológica. La más destacada filosofía de nuestro tiempo, la que realmente está actuando como protagonista del momento actual en el desarrollo del pensamiento teórico, centra su meditación en la vida humana, realidad que, aparte de ser diversa de las otras realidades, constituye el fundamento y supuesto primario de todos los demás seres; pues todo cuanto es, es en nuestra vida y para ella. Y cuando la Metafísica presente del humanismo trascendental se refiere a la vida no piensa en nada biológico, sino en otra cosa: en la realidad que constituye nuestra existencia propiamente humana, que es precisamente la que se refleja en la biografía de cada cual. Pues bien, yo creo percibir, lo mismo en algunos libros anteriores de Solana Gutiérrez que en éste, dedicado a Mirabeau, el deseo de bucear, con una latente vocación filosófica, en las estructuras esenciales de lo humano. Y la realidad de lo humano ofrece una impresionante paradoja; es, de un lado, por esencia, lo individual, lo privativo, lo incangable, lo propio e insustituible de cada uno; pero, de otro lado, posee elementos de universalidad, presentes en mayor o menor grado en

todo sujeto, pero especial y ejemplarmente desarrollados, cada uno de ellos, en singulares tipos, de suerte que la realización cumplida de lo humano viene a presentarse distribuida en la multiplicidad de las personas, y de modo superlativo en el repertorio de lo que podríamos llamar máximos ejemplares de la especie. Yo ignoro si Solana Gutiérrez ha actualizado en su conciencia, con rigor filosófico, este pensamiento; pero, por lo que su obra muestra, cabe afirmar con seguridad que lo ha presentado con certera intuición. Y, así, procede como gran libador de las calidades humanas, buscando cada una de éstas en aquellos tipos reales, en los que han logrado mayor cumplimiento. De tal suerte, se fija en Hernán Cortés; pasa después a Mirabeau; y nos ofrece para el inmediato futuro un estudio sobre Fray Luis de Granada; y espero que, con toda probabilidad, seguirá más adelante su itinerario de biógrafo modelo a través de otras vidas, en las que hayan cobrado máximo relieve diversas dimensiones de lo humano.

De Mirabeau le atrae a Solana Gutiérrez la encarnación de "todas las pasiones posibles, generatoras o derivadas, del hombre remoto, moderno o aun futuro, no sólo en germen, sino en fermento incesante, en toda su dimensión demoníaca o angélica". Le atrae, asimismo, el hecho de que encarna típicamente el hombre de la Revolución. Le atrae, también el poder

noble y fecundante de la elocuencia. Y le entusiasma la alta emoción liberal que le anima.

Sobre tales supuestos, con claro discernimiento intelectual, con instrumental de bien preparado psicólogo, con vibrante proyección emotiva, con espíritu de arquitecto que sabe reconstruir depurada la entraña esencial de una estructura, Solana Gutiérrez ha escrito no sólo lo que puede calificarse como el mejor libro sobre Mirabeau, sino además un paradigma de biografía.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

* * *

“LOS CONTRATOS COLECTIVOS DE TRABAJO”;
(Folleto).

EL LIBRO SINCERO. CARTAS DE FEDERICO GAM-
BOA Y FRANCISCO ELGUERO.

“EL DOCTOR MARAÑON: UNA FILOSOFIA DE LA
BIOLOGIA”. — Prólogo de Don Ezequiel A.
Chávez.

SANTA TERESA DE JESUS. — Una filosofía del
misticismo. — Prólogo de Don Antonio Caso.

La raíz mística del comunismo.

MORELOS. (El Padre - Caudillo).

MIGUEL MAURA Y LA DISOLUCION DE LAS OR-
DENES RELIGIOSAS EN LA CONSTITUCION
ESPAÑOLA.

LOS GRANDES CULPABLES DE LA TRAGEDIA
ESPAÑOLA.

DON HERNANDO CORTES, MARQUES DEL VA-
LLE DE OAJACA. — Editorial Betas. México.

HERNAN CORTES. INTRODUCCION A SUS OR-
DENANZAS. — Editorial Araluce. Barcelona.

MAXIMILIANO DE HABSBURGO. — Editorial Polis.
México.

MIRABEAU (SUS PASIONES TERRIBLES). — Pró-
logo de José Vasconcelos. Juicio de Benjamín Jar-
nés. — Editora del Continente. México.

FRAY LUIS DE GRANADA. (O EL CLASICISMO
MISTICO ESPAÑOL). — Epílogo por Luis Re-
casens Siches. — Editora del Continente. México.

DE PROXIMA PUBLICACION:

EL BANCO DE ESTADO. (LA EVOLUCION BAN-
CARIA EN MEXICO). — Con un ensayo sobre los
Contratos preparatorios.

EN PREPARACION:

LA VIDA DONJUANESCA DE JUAN VALERA.
D'ANNUNZIO. — (Su bello arte). — Las venus
ambiguas. (Novela).

SE TERMINO LA
IMPRESION DE
ESTA OBRA EN
LOS TALLERES
DE IMP GRAFOS
DE LA CIUDAD
DE MEXICO, EL
17 DE AGOSTO
DE 1942

